primer acto

CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN TEATRAL

Nº 340
IV/2011

SEGUNDA ÉPOCA

9,80 €

Teatro de las personas



Texto de
Una jornada particular,
de
Scola, Maccari
y **Fantoni**

Traducción y adaptación
Rodolf Sirera

Encuentros y Festivales

Agüimes • Almada • Almagro • Aviñón • Barcelona • Mérida
Olite • Praga • FIT de Cádiz • Madrid Sur

"Una jornada particular"

Encuentro revelador



© Iaia Cárdenas

Con motivo de su estreno para la autonomía madrileña en el XVI Festival Madrid Sur, publicamos en este número de *Primer Acto* el texto *teatral Una jornada particular,* de Ettore Scola, Ruggero Maccari y Gigliola Fantoni, en la feliz adaptación que ha hecho Rodolf Sirera para el montaje de La Pavana Companyia Teatral. El texto y su montaje son una valiosa contribución para la larga lucha en favor de la visibilidad y la convivencia en igualdad de las personas diferentes, siempre amenazadas por los integrismos y totalitarismos. Estrenada en Valencia en enero de 2011, desde entonces la obra realiza una intensa gira por nuestra geografía[1].

[1] Tras su estreno en el Festival Madrid Sur, en Fuenlabrada y Parla, a fines de octubre *Una jornada particular* se presentará en Sevilla (días 28 al 30, La Imperdible); en noviembre, visitará Alzira (día 5), Almansa (día 6); Almussafes (día 11); Buñol (día 12) y Santurce (día 19); en diciembre, estará en Sonseca (día 3) y Gandía (día 16). En 2012, en enero se presentará en el Teatro del Mercado, en Zaragoza (días 18 al 22) y en el Teatro Arniches, de Alicante (día 29); en febrero visitará Granollers (días 10 a 12).

A diferencia de otros muchos relatos de este género, su encuentro no es ni ejemplo ni apología ni lección de nada. Es pura vida, es rumba.

El gran hallazgo del guión de la película *Una giornata particolare*, de Ettore Scola (1977), en su día censurada en Italia, es la invención de un encuentro casual de dos solitarios, explotados y marginados del patriarcado y los totalitarismos, la madre de familia y el homosexual. Ella es la reproductora de carne patriótica; él es el "desafecto", el degenerado, el chivo expiatorio de la religión de "marido, padre y soldado". Y ambos acceden a ese encuentro, con sus riesgos más reveladores y perturbadores, mientras las grandes palabras del poder y la represión les caen encima, les amenazan el espionaje doméstico, sus propios miedos y prejuicios.

Es también un encuentro liberador para ambos. Quizá a Gabriel le haya salvado la vida por un día y a Antonieta le haya abierto la ventana de otra mujer posible, aunque sea en silencio. Ella y él encuentran las palabras para decirse por primera vez lo innombrable. Y a diferencia de otros muchos relatos de este género, su encuentro no es ni ejemplo ni apología ni lección de nada. Es pura vida, es rumba, es el juego en la terraza. Y la versión de Rodolf Sirera ha recreado felizmente este encuentro en la España de 1940, con una fidelidad admirable a la sutileza y la vitalidad del guión.

Entre los antecedentes de la teatralización de esta historia en España, como pionero en el teatro de los diferentes (basta recordar *Angels en América*, de Tony Kushner en 1986), Josep Maria Flotats estrenó una versión en el Teatro Condal de Barcelona, en 1984, protagonizada por él mismo y Anna Lizaran, que mantenía la historia original, ambientada en Italia, en 1938. En 1986, José Sacristán y Charo López estrenaron otra versión en Argentina, y ese mismo año, en Madrid, José C arlos Plaza dirigió una puesta en escena protagonizada por Fernando Delgado y Esperanza Roy, cuya versión hizo Carla Matteini.

El pasado febrero, los teatreros libaneses Rabih Mroué y Lina Saneh mostraron en el XI Festival Escena Contemporánea *Photo Romance*, una curiosa y jovial "deconstrucción" de la película, interpretada por ellos mismos, en contrapunto de actores, música y fotografías animadas, que situaba el encuentro en el Beirut de 2006, en un día de manifestaciones de dos grandes partidos enfrentados •

Primer Acto.



Cartel de "Una jornada particular".

"Una jornada particular"

Pequeña gran aventura emocional

Rafael Calatayud



© Albert Fuentes

Victoria Salvador y Rafael Calatayud en "Una jornada particular". Cía. La Pavana (2011).

Ettore Scola, cineasta italiano, guionista y director conocido por la "teatralidad" de sus singulares propuestas, que han sido adaptadas al espacio escénico en numerosas ocasiones, nos propone en *Una jornada particular,* escrita en colaboración con Ruggero Maccari, una intensa peripecia emocional que transcurre en el espacio de apenas unas horas.

Actores frente al público comunicando emociones e ideas, dando vida a un texto sencillo, que conmueve, comprensible y al mismo tiempo profundo y revelador.

La película narra el encuentro ocasional entre un ama de casa, casada y madre de seis hijos, y un periodista homosexual, en el día de la visita de Hitler a Roma el seis de Mayo de 1938. La acción prácticamente transcurre en tiempo real, tres espacios (dos apartamentos y la azotea) y dos personajes Antonietta y Gabriele que sorprendidos por una inesperada intimidad van desvelándose el uno al otro la cruda realidad de sus vidas. La película obtuvo varios premios sobre todo a la extraordinaria interpretación de dos grandes mitos de la pantalla como son Loren y Mastroianni.

Himmler en Madrid

Rodolf Sirera nos propuso trasladar la historia a España. En la historia original Hitler visita a Mussolini en Roma dando lugar a un gran acontecimiento de masas. En 1940 Hitler visita a Franco brevemente en Hendaya, aunque previo a la escueta visita de Hitler a Franco se anticipó con todos los honores el 21 de octubre de 1940 el segundo de a bordo del régimen nazi, Heinrich Himmler, visitando Madrid y Barcelona, todo un acontecimiento para recibir al hombre de máxima confianza del dictador nazi.

Italia y España dos dictaduras próximas y dos sociedades sometidas a la más estricta represión de ideas, pensamientos y modos de vivir. En Italia en medio de la exaltación fascista al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en España en la más cruel de las represiones imaginables tras el triunfo del fascismo en nuestra guerra civil.

Resultó un gran acierto la reubicación geográfica sobre todo porque, a pesar de las diferencias, encontramos un nexo en común en ambas situaciones: la anulación de las voluntades individuales mediante la propaganda y la alienación del individuo en una sociedad arrastrada hacia el abismo de la irracionalidad y la falta de libertad. Por otro lado nos permitía aproximar al público a la historia mediante toda una serie de datos y anécdotas que forman parte de nuestra memoria histórica y de nuestros recuerdos más o menos recientes.

La puesta en escena

En un ejercicio de síntesis, opté por una visión no realista; simplificando al máximo (dos mesas, ocho sillas y una pantalla cinematográfica) conseguimos recrear con nuestra imaginación los espacios del filme original. El arranque cinematográfico en un blanco y negro neorrealista y en un intenso plano secuencia que nos describe la cotidianeidad de nuestra protagonista femenina con su esposo y sus seis hijos, sirve de vehículo de homenaje e interrelación con el medio original que vio nacer esta pequeña gran aventura emocional, el cine.



© Albert Fuentes

Laura Useletti y Victoria Salvador. "Una jornada particular".

También para envolver a los protagonistas en una marea de imágenes de la época que nos ayudan a situarnos perfectamente en ese contexto histórico.

Un espacio no realista para una interpretación naturalista, cotidiana y próxima. Verdad y sencillez como pilares de una historia ante todo muy humana. Un único espacio en el que conviven los apartamentos de los protagonistas que se funden y se separan al ritmo del propio vaivén de sus encuentros y desencuentros.

Y poco más. Actores frente al público comunicando emociones e ideas, dando vida a un texto sencillo, que conmueve, comprensible y al mismo tiempo profundo y revelador.

Dos seres vulnerables, sensibles. En el caso de Antonieta, asistiremos al descubrimiento sobre una verdad interior, no revelada. Atrapada como está en un modo de vida impuesto por su práctico analfabetismo, las costumbres de esa época y la falta de referentes y conocimientos, indefensa ante la contundencia de la propaganda fascista.
Por el contrario, Gabriel es consciente dentro de su silencio de cuál es su situación, su soledad y su impotencia ante el irreversible y trágico futuro inmediato que le espera. Para él, éste será un encuentro singular, propiciado por su necesidad de compartir esa última jornada con todo lo que significa "ser humano", contacto, seducción, risas, lágrimas, para llegar a un acto de sinceridad plena donde ambos personajes se revelan mutuamente lo más inconfesable.

Uno de los retos en este proyecto fue asumir la dirección y al tiempo la interpretación del protagonista masculino. No es la primera vez que asumo este doble reto, pero nunca con un personaje tan comprometido emocionalmente como Gabriel. Un intelectual, un personaje complejo victima del fascismo, un vago, un maleante, un depravado ante la mirada de una sociedad despersonalizada y manipulada dentro de un contexto histórico absolutamente desolador para las libertades individuales. Cuando uno asume esta responsabilidad tiene que rodearse de cómplices, en este caso Victoria Salvador, mi compañera en este viaje, y todo el equipo que ha estado junto a mí para llevar a buen puerto esta fantástica aventura.

RAFAEL CALATAYUD

Nacido en Valencia (1955), Rafael Calatayud ha desarrollado una intensa trayectoria como actor, autor y director de escena.

Licenciado por la Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia, en 1983 funda La Pavana Companyia Teatral; desde entonces es su director artístico y con ella ha estrenado más de una veintena de obras teatrales, en su mayoría de autores contemporáneos. Una decena de sus montajes con La Pavana han recibido importantes galardones; entre ellos, destacan *La Dona de Negre* (*La Mujer de Negro*), de Susan Hill y Stephen Mallatrat (1992), distinguido con el Premio Teatre de la Generalitat por su dirección, Premio Turia como Mejor Contribución Teatral y Premio AITA como mejor espectáculo (1993); *Pánico contenido*, de Clare McIntyre (1994), Premio Turia Mejor Contribución Teatral; *Hedda Gabler*, de Henrik Ibsen (2005), Premio Max Revelación; *Teràpies* (2005) y *Bebé* (2006), ambos de Christopher Durang, que recibieron los Premios Teatres de la Generalitat por su dirección y como mejor espectáculo; *Crisis de identidad*, de Christopher Durang (2009), Premio Teatres de la Generalitat a la versión, y *Una jornada particular*, de Scola, Maccari y Fantoni, en versión de Rodolf Sirera (2011), Premio Turia como Mejor Contribución Teatral. En 2004, recibió el Premio Cartelera Levante por su Trayectoria Teatral.

Además de los trabajos con su compañía La Pavana, Calatayud ha dirigido montajes para otros colectivos y para el Centre Dramàtic y posteriormente para Teatres de la Generalitat Valenciana, el más reciente, *El Narciso en su opinión*, de Guillén de Castro (2008), Premio Teatres de la Generalitat por su dirección.

Como actor, además de participar en películas y series de televisión, Rafael Calatayud ha intervenido en una decena de montajes escénicos, con La Pavana y otras compañías, entre los que sobresalen *La Marquesa Rosalinda*, de Valle-Inclán, dirigido por Alfredo Arias (1986); *Crónica Civil 36-39*, de Ananda Dansa (1987) y *L´Altre*, de Paco Zarzoso, para Moma Teatre, dirigido por Carles Alfaro (1999), Premio Teatres de la Generalitat como Actor Protagonista; *Tres sombreros de copa*, de Mihura, con dirección de Antonio Díaz Zamora (2008), Premios Abril y Teatres de la Generalitat como Mejor Actor de Reparto •





© Albert Fuentes

"Una jornada particular"

Una versión para La Pavana

Rodolf Sirera

Son muchos los montajes teatrales que, desde su estreno en 1977, se han realizado a partir del guión escrito por Maurizio Costanzo, Ruggero Maccari y Ettore Scola para la película, dirigida por este último, *Una giornata particolare,* y adaptado para la escena por el propio Scola y Ruggero Maccari, con la colaboración de Gigliola Fantoni.

En el filme, interpretado por Sophia Loren y Marcello Mastroianni, se nos presenta el encuentro entre una madre de familia, Antonietta Tiberi, y un locutor homosexual, Gabriele, el inquilino del tercer piso, víctima de la represión fascista y a punto de ser deportado, durante un día muy especial, el de la visita de Hitler a la Roma mussoliniana en la primavera de 1938, pocos meses antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Ese día, el marido de Antonietta y sus seis hijos, se disponen a asistir a la recepción multitudinaria que la capital italiana ha preparado al dictador alemán. Antonietta, esposa y madre ejemplar, se queda sola y



Victoria Salvador. "Una jornada particular".

dedicada a las tareas domésticas, y es entonces cuando se establece esa fugaz y, para ella, primero equívoca y después desconcertante, relación con su también solitario vecino; una relación que le mostrará el verdadero rostro del mundo en el que vive y que, sin duda, dejará una profunda huella en su alma.

Nuestra propuesta de adaptación trata de acercar la obra el entorno social e histórico del espectador español, manteniéndose en todo momento fiel al espíritu del texto original. La localización geográfica se modifica: pasamos de la Italia de Mussolini a la España de Franco, y del año 1938 a 1940. Y, aunque Hitler no visitó nunca España, sí lo hizo uno de los más altos jerarcas del régimen nazi, Heinrich Himmler, en octubre del citado año de 1940. La visita tenía un doble objetivo: preparar el encuentro que pocos días después mantendrían en Hendaya Franco y Hitler y acercarse, de paso, al monasterio de Montserrat, en busca de pretendidas huellas del Grial, una de las obsesiones ocultistas del jefe de la maquinaria represiva del régimen nazi. Y, a semejanza de lo sucedido en Roma, a Himmler se le tributó, tanto en Madrid como en Barcelona, una acogida excepcional –banderas, uniformes, músicas militares y masas enfervorecidas– presidida por el "cuñadísimo", como se conocía en la época al recién nombrado Ministro de Asuntos Exteriores de Franco, Ramón Serrano Súñer.

Otra característica de la presente versión es la utilización de proyecciones cinematográficas combinadas con la acción teatral, proyecciones en las que tienen lugar las acciones *externas* al encuentro entre nuestros dos protagonistas. Un encuentro que, despojado de lo superfluo, gana en intensidad dramática y muestra, con toda su crudeza, la represión que, bajo el franquismo, sufrieron en España quienes mantenían opciones sexuales distintas de las permitidas por el Régimen y duramente anatemizadas por la Iglesia •

Biografía Teatral de Rodolf Sirera

Nacido en Valencia en 1948 y licenciado en Historia por la Universidad de Valencia, donde cursó también estudios de filología española, participa desde finales de la década de los sesenta en el movimiento del teatro independiente. Crea y dirige el grupo Centre Experimental de Teatre, después El Rogle, hasta su desaparición (1976). Colabora como crítico teatral en diferentes publicaciones periódicas (*Cartelera Turia*, *La Marina*, *Destino*, *Serra d'Or*, *Primer Acto*, etc.)

En 1979 es nombrado Codirector Artístico del Teatro Principal de Valencia, y en 1981 Director de los Teatros de la Diputación (Teatro Principal, Sala Escalante, y festival Sagunt a Escena, que crea). En 1984 pasa a dirigir el Servicio de Música, Teatro y Cinematografía en la Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana, puesto que ocupa hasta 1988.

Entre 1988 y 1990 publica nuevamente artículos sobre teatro y colaboraciones literarias, entre otros en el semanario *El Temps,* y el diario *Levante,* ambos de Valencia. En 1990 vuelve al Teatro Principal de Valencia en calidad de Director Gerente, cargo que ejerce hasta enero de 1993. En septiembre de ese mismo año se reincorpora a la administración autonómica, y es nombrado Jefe del Servicio de Promoción Cultural y Medios Audiovisuales en la Conselleria de Cultura, cargo que ocupa hasta octubre de 1995.

Ha realizado y publicado artículos y trabajos de investigación sobre diversos dramaturgos, entre ellos la edición del teatro completo del autor valenciano del siglo XIX Eduard Escalante, en colaboración con Josep Lluís Sirera. Entre 2003 y 2006 fue director del Máster en guión de televisión en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Valencia y hasta 2011 ha sido miembro del consejo de dirección de la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE).

Trayectoria de autor

Como autor teatral ha escrito más de treinta obras, algunas de ellas en colaboración con su hermano Josep Lluís, y ha obtenido numerosos premios, entre ellos el Sanchis Guarner, Carlos Arniches, Ignasi Iglesias, Ciutat de Barcelona, Ciutat de València de la crítica, Ciutat de Granollers, Ciutat d'Alcoi, Premi Born de Teatre, Teatre Principal de Palma, Jaume Vidal Alcover, Premi de Teatre de la Comunitat Valenciana y, cuatro veces, el premio Serra d'Or de la crítica. En 1997 se le otorgó, por la Generalitat de Catalunya, el Premio Nacional de Teatro.

Tiene diversas obras traducidas al castellano, francés, e italiano, y *El veneno del teatro,* su pieza más conocida (Premio Max 2007), ha sido vertida también al inglés, portugués, polaco, griego, eslovaco, croata, búlgaro, húngaro y japonés, y estrenada en estos idiomas. Ha realizado también versiones y traducido textos, entre otros de Ibsen, Pirandello, Chéjov, Camus, Bill Manhoff, Jerome Kilty y William Gibson. Algunas de sus obras han sido también emitidas por televisión, medio para el cual trabaja desde 1995 como guionista, participando en series como la sit-com *Russafa 56* (Canal 9), las telenovelas *Nissaga de poder* y *Laberint d'ombres* (TV3) y dirigiendo el equipo de guión de *Herència de sang* y *A flor de pell* (Canal 9) y *El Súper* (Tele 5). Posteriormente escribió conjuntamente con Enric Gomà y Gisela Pou las series semanales *Temps de silenci* y *Setze dobles* (TV3) y colaboró en *La señora* (TVE-1). Desde 2005 coordina el guión de la serie diaria *Amar en tiempos revueltos* (TVE-1).

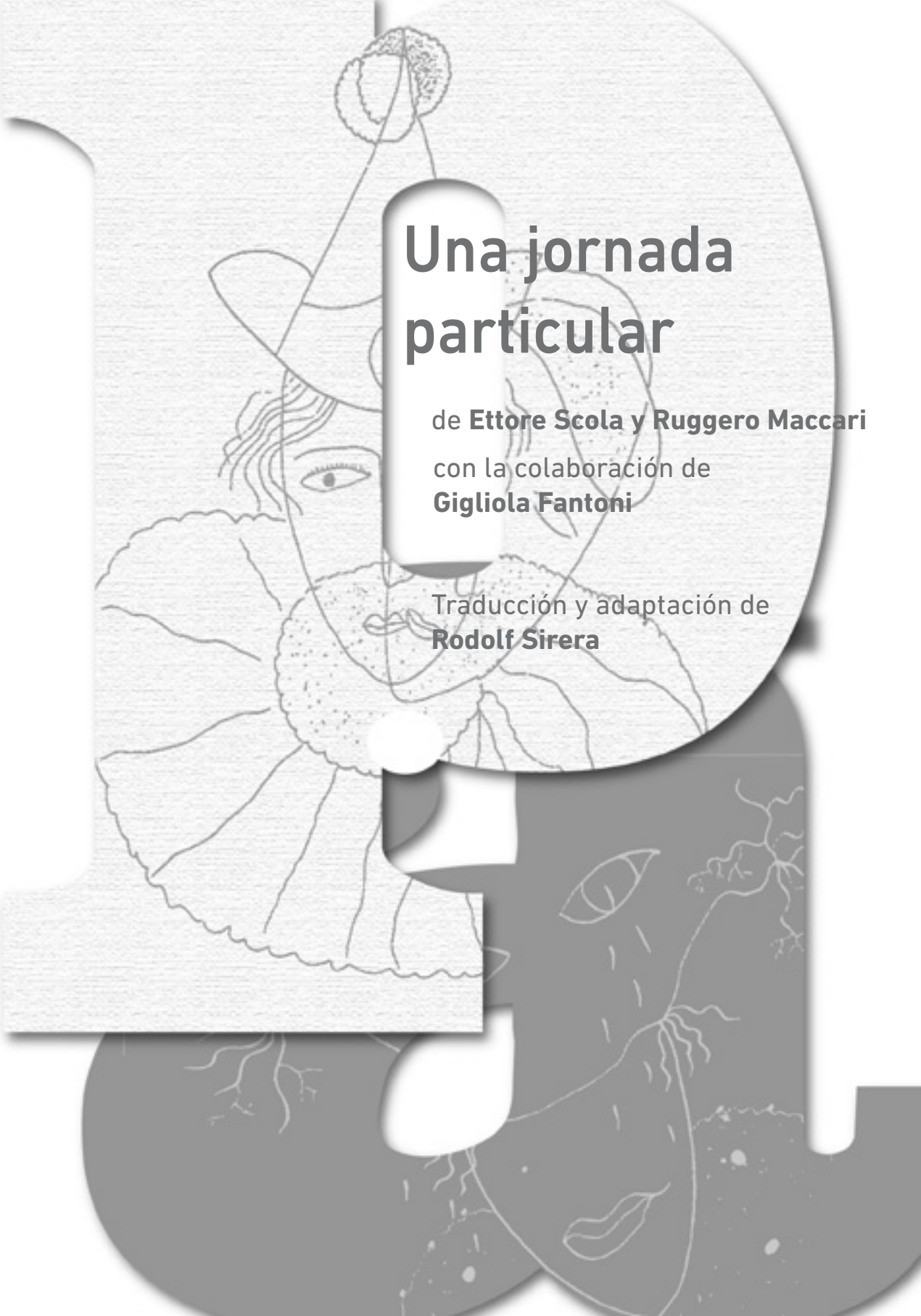


© Albert Fuentes

"Una jornada particular". La Pavana Companyia Teatral (2011).

Entre sus obras dramáticas destacan *Plany en la mort d'Enric Ribera* (1972); *El brunzir de les abelles* (1975, en colaboración con Josep Lluís Sirera); *El verí del teatre* (1978); *Bloody Mary Show* (1979); *La primera de la classe* (1983); *Funció de gala* (1985); *Cavalls de mar* (1986, en colaboración con Josep Lluís Sirera); *Indian Summer* (1987), la ópera *El triomf de Tirant* (1991), con música de Amand Blanquer y libreto escrito conjuntamente con Josep Lluís Sirera; *La caverna* (1993); *Maror* (1994); *Punt de fuga* (1999), *La mirada de l'alquimista* (2000); *Silenci de negra* (2000), de nuevo en colaboración con Josep Lluís Sirera, con quien escribió también *El dia que Bertolt Brecht va morir a Finlàndia* (2003) i *Benedicat* (2005). Su adaptación para el teatro de la novela de Albert Camus *La caiguda* (*La caída*), puesta en escena por Moma Teatre, obtuvo el premio Max Aub en los Premios de las Artes Escénicas de la Generalidad Valenciana 2003 y fue nominada en los Max del mismo año, premio que obtuvo en 2006 por su última obra, *Raccord*, estrenada la temporada anterior en el Teatre Nacional de Catalunya y que volvió a obtener en 2007 por un nuevo montaje de *El veneno del teatro.*

En enero de 2011, La Pavana Companyia Teatral estrena en Valencia su adaptación del guión de la película *Una giornata particolare*, de Ettore Scola, Ruggero Maccari y Gigliola Fantoni, montaje que recibe el Premio a la mejor contribución escénica en los Premios "Cartelera Turia" 2011 •



Una jornada particular

de **Ettore Scola y Ruggero Maccari**

con la colaboración de
Gigliola Fantoni

Traducción y adaptación de
Rodolf Sirera

PERSONAJES

Antonieta
Gabriel
Portera / Hija mayor
Manuel / Policía

PERSONAJES DE LA PROYECCIÓN

Manuel, esposo de Antonieta
La hija mayor
La hija mediana
El hijo mayor
El hijo mediano
El hijo menor
El hijo pequeño

La acción se desarrolla en Madrid el domingo 20 de octubre de 1940, durante la visita de estado del Reichsführer SS Heinrich Himmler. Los textos del locutor radiofónico han sido extraídos, en gran parte de la crónica de la visita de Himmler a Madrid, publicada por el periódico *ABC* el martes 22 de octubre de 1940.

El montaje realizado a partir de la presente versión, producido por la La Pavana Companyia de Teatre, se estrenó el 27 de enero de 2011 en el Teatro Talía de Valencia, interpretado por Victoria Salvador (Antonieta), Rafael Calatayud (Gabriel), Laura Useletti (La Portera) y Juli Cantó (Manuel), con dirección del propio Calatayud. Por esta obra, La Pavana obtuvo el Premio a la mejor contribución escénica en los Premios "Cartelera Turia" 2011.

Prólogo: Proyección

Sobre el telón de gasa que cierra la boca del escenario se proyecta la imagen de la familia de Antonieta posando para una fotografía. Todos, vestidos con distintos uniformes: el padre, de sargento del tercio de requetés, con su boina con borla; el hijo mayor, de falangista; la hija mayor, con uniforme de Auxilio Social; el hijo y la hija medianos y el hijo menor, de las Juventudes de Falange y de la Sección Femenina. El único que no va de uniforme, y no parece demasiado contento, es el pequeño.

De repente, la foto se anima con el fogonazo de un flash. Los personajes cobran movimiento en la pantalla y podemos escuchar sus diálogos. El grupo que posaba para que Antonieta, fuera de campo, tomara la fotografía, se deshace.

ANTONIETA.– *(Off.)* Ay, Dios mío, mira que si no la he sacado bien...

HIJO MAYOR.– Pero mamá, si es muy fácil.

ANTONIETA entra en campo –en la proyección, porque en el escenario la actriz permanece inmóvil– con la cámara en la mano. Es una máquina antigua, de fuelle. Se la da a su hijo mayor.

ANTONIETA.– Ten, hijo, ten. ¿A quién le falta desayunar? Que, luego, quién sabe las horas que os vais a pasar allí, de pie.

El hijo menor bosteza exageradamente.

HIJO MENOR.– Yo, lo que quiero es dormir. ¡Si sólo son las siete!

Vuelve a bostezar. La hermana mediana lo mira y se ríe.

HIJA MEDIANA.– ¡Pareces el león de la Metro!

MANUEL.– ¡Así harás tú grande a España! Cuando yo tenía tu edad, me levantaba para trabajar cuando todavía era noche cerrada.

El hijo menor coge de la mesa un tazón de café con leche, moja en él apresuradamente una rebanada de pan y se la come a grandes bocados. Mientras, Antonieta se acerca al hijo pequeño, un muchachito de cinco años, el único que, aunque muy mudado, no va vestido de uniforme, motivo por el cual pone cara de pocos amigos.

ANTONIETA.– ¿Qué te pasa a ti, corazón? ¿Por qué pones esa cara de enfadado?

El niño no contesta, esquivo, y su gesto de irritación se acentúa.

ANTONIETA.– ¿No se lo quieres decir a mamá?

HIJA MEDIANA.– Está enfadado porque no lleva uniforme, como los demás.

ANTONIETA.– ¿Es eso lo que te pasa, rey mío? Pero si tu hermana te ha vestido con el traje de los domingos.

HIJA MAYOR.– Y mira qué pelo. Le he puesto fijador, como papá. Y le he hecho un "arribaespaña" que parece un artista de cine.

El niño niega enérgicamente.

ANTONIETA.– *(Armada de paciencia.)* Entonces, ¿qué quieres? Díselo a mamá, anda.

El niño se decide al fin. Toma a su madre de la mano y hace que se agache para hablarle al oído.

ANTONIETA.– *(Sorprendida.)* ¿Es eso lo que quieres? ¿De verdad?

El niño afirma con la cabeza.

HIJO MEDIANO.– *(Con la boca llena.)* ¿Y se puede saber qué quiere este mono?

El hijo pequeño se enfada, se encara con su hermano.

HIJO PEQUEÑO.– ¡Mono tú!

El hijo mediano adopta actitudes de boxeador y comienza a danzar en torno al niño.

HIJO MEDIANO.– ¡Huy, huy, qué miedo!

El hijo pequeño se abalanza contra su hermano e intenta pegarle.

HIJO PEQUEÑO.– ¡Idiota!

ANTONIETA *se interpone, sujeta al niño por el brazo.*

ANTONIETA.– Venga, venga, estaos quietos los dos. *(Al hijo mediano)* Con lo mayor que eres, y te portas mucho peor que él. Tu hermano tiene razón, todos vosotros vais vestidos como en el teatro, y él no. *(Al niño pequeño)* Pero eso lo vamos a arreglar enseguida, ya verás.

Antonieta sale con el niño, en dirección al interior de la casa.

MANUEL.– ¡A ver si entre unas cosas y otras se nos hace tarde! ¡Que nos han citado a las ocho, y mira ya la hora que es! *(A sus hijos.)* Nada, tu madre a la suya, como siempre. Le hablas y es como si oyera llover.

HIJA MAYOR.– Queda aún bastante tiempo, papá, no te pongas nervioso.

El hijo menor le habla en voz baja al hijo mediano, mientras coge un trozo de pan de la mesa y lo moja en el café.

HIJO MENOR.– *(En voz baja.)* Ahora verás como lo dice...

MANUEL.– "Yo prefiero esperar a que me esperen".

El hijo mediano y el menor han ido moviendo los labios repitiendo las palabras de su padre mientras hablaba, pero sin sonido. La hermana mediana, que se ha dado cuenta, los reprende con un gesto.

HIJA MAYOR.– Venga, papá, come algo mientras tanto, seguro que apenas si has desayunado.

MANUEL.– Para comer estoy yo ahora. Sólo faltaba que me llamaran la atención por llegar tarde.

Pero, pese a "no estar para comer", Manuel engulle una buena rebanada de pan mientras habla.

HIJA MAYOR.– ¿Tú sabes si el acto durará mucho? Lo digo por si luego no nos da tiempo a ir a misa, como hoy es domingo...

MANUEL.– *(Inventando sobre la marcha.)* Por eso no te preocupes. El padre Guzmán nos ha dicho que, como se trata de un acto de servicio a España, estamos todos eximidos.

HIJO MENOR.– ¿Qué quiere decir exprimidos? *(Bosteza.)*

HIJO MEDIANO.– Que no hay que ir, tonto.

HIJA MAYOR.– Yo, de todos modos, si puedo, iré.

HIJA MEDIANA.– Antes, cuando he bajado por el pan, he visto toda la calle llena de banderas españolas y alemanas.

HIJO MENOR.– A mí me gusta más la bandera alemana que la española.

MANUEL.– *(Enérgico.)* ¡Eso no lo digas nunca, hijo! ¡Nunca! La bandera de tu patria ha de ser siempre para ti lo más sagrado. Representa la sangre de sus hijos derramada para defenderla de sus enemigos, interiores y exteriores. *(A la hija mediana.)* ¿Queda más café?

La hija mediana le sirve los últimos restos de café.

HIJO MAYOR.– La bandera alemana tiene los mismos colores que la de la Falange. Rojo y negro. Y Alemania y España son dos naciones hermanas.

En ese momento entra Antonieta con el niño de la mano. El niño va vestido de cura y lleva una boina vieja en la cabeza. Manuel lo mira, estupefacto. Luego, mira a su mujer. Los demás hijos contemplan la escena, divertidos.

MANUEL.– *(A Antonieta.)* Pero... ¿se puede saber de qué has vestido al niño?

HIJO MAYOR.– Eso es de cuando hizo la función de teatro, ¿no?

HIJO PEQUEÑO.– Era san Francisco Javier. Y convertía a los chinos.

HIJO MENOR.– ¡Malditos amarillos! ¡Bang! ¡Bang!

MANUEL.– *(A Antonieta)* Pero... Y, además, esa boina...

ANTONIETA.– Va de capellán castrense. Y la boina era la de tu padre.

MANUEL.– *(Dudando)* Pero no sé yo si...

ANTONIETA.– Rita, la de la panadería, va a vestir a su nieto de baturro. Por lo de los trajes regionales.

HIJA MEDIANA.– Yo he visto fotos de Hitler rodeado de niños y niñas vestidos de tiroleses.

ANTONIETA.– Pues lo mismo.

MANUEL.– Pero... ¡de cura!...

ANTONIETA.– No va de cura. *(Guiñándole el ojo a su marido)* Capellán, pero militar. Por eso, la boina.

MANUEL.– Ah...

HIJA MAYOR.– No te preocupes, papá. Yo llevaré a Pablito conmigo.

Pero Pablito se ha quedado mirando la boina de su padre. Y, de repente, estalla en un amargo llanto.

ANTONIETA.– ¿Pero qué te pasa ahora, bien mío?

HIJO PEQUEÑO.– *(Haciendo pucheros y señalando la boina de su padre.,)* ¡Quiero eso!

MANUEL.– ¿El qué?

ANTONIETA.– *(Comprendiendo.)* La borla. Quiere llevar una borla en la boina, como su padre.

HIJO MEDIANO.– *(Riendo.)* Quiere ser capellán castrense pero requeté. *(Burlándose.)* ¡Requetetonto!

Manuel le pega un papirotazo a su hijo.

MANUEL.– Oye, tú, con los tercios carlistas no te metas, o te las verás conmigo.

HIJO MEDIANO.– *(Protegiéndose.)* ¡Si no me meto!

HIJO PEQUEÑO.– *(Tenaz.)* ¡Quiero una "bola"! ¡Quiero una "bola"!

MANUEL.– *(A Antonieta.)* ¡Demasiado consentido lo tienes!

ANTONIETA.– *(Política.)* ¿Pero no te das cuenta de que quiere ir como su padre, de tanto que te admira?

MANUEL.– ¿Yo, consentido?

El hijo mediano y el menor afirman con la cabeza.

HIJA MAYOR.– *(A Antonieta, cortando las protestas de Manuel.)* ¿Y de dónde vas a sacar ahora una borla?

Antonieta mira a su alrededor y reacciona con rapidez. Señala la cortina de la ventana.

ANTONIETA.– ¡De allí! Dame, hijo.

Le quita la boina al hijo pequeño y, con ella en la mano, va hacia la ventana. Al cruzar, tropieza con la pantalla de la lámpara, que pende del techo con un contrapeso y tiene tendencia a bajarse.

ANTONIETA.– ¡A ver cuándo me arregláis esta lámpara! *(Al hijo mediano.)* ¿Tú no eres aprendiz de mecánico?

HIJO MEDIANO.– *(Encogiéndose de hombros.)* Mañana.

ANTONIETA.– ¿Ayunarás, Juan? Mañana. Tráeme por lo menos las tijeras. *(A la hija mediana.)* Y tú, Rosa, la cesta de la costura.

Con expresión de aburrimiento, el hijo mediano saca del cajón de la mesa de la cocina unas tijeras. La hija mediana sale en busca de la cesta. Mientras, la hija mayor entretiene al niño pequeño.

HIJA MAYOR.– Vas a ver qué guapo te va a poner mamá.

MANUEL.– Lo que vamos es a llegar tarde, tarde.

El hijo menor vuelve a bostezar, inclina la cabeza sobre la mesa.

MANUEL.– *(Al hijo menor.)* Así, muy bien, duérmete, lo que faltaba.

El hijo menor levanta la cabeza, sobresaltado. El hijo pequeño señala a su hermano, que pasa junto a él, con las tijeras.

HIJO PEQUEÑO.– *(A la hija mayor.)* ¡Yo quiero bigote, como él!

HIJA MAYOR.– Los curas no llevan bigote, cariño.

El hijo mediano entrega las tijeras a Antonieta, y ésta lo retiene. Le coge la cara con la mano y lo mira con atención.

ANTONIETA.– ¿Qué te has hecho?

HIJO MEDIANO.– *(Evasivo.)* ¿Yo? ¿Nada?

ANTONIETA.– ¿Cómo que nada? *(Le pasa el dedo por el labio superior, se mira la yema.)* ¿Y esto? *(Se la muestra.)* ¿Con qué te lo has hecho?

HIJO MEDIANO.– Con una cerilla quemada.

ANTONIETA.– Mucha prisa tienes tú con el bigote.

HIJO MEDIANO.– *(Protestando.)* ¡Si ya tengo!

ANTONIETA.– Lo que tú tienes es muy poca vergüenza.

Baja la voz, y saca del bolsillo una página de una revista ilustrada, seguramente francesa, con fotos de mujeres ligeras de ropa. La despliega, se la enseña con discreción.

ANTONIETA.– Estaba debajo de tu cama. *(Con intención.)* Se te debió de caer anoche. ¡Y duermes con tu hermano! ¡A saber por qué tiene hoy tanto sueño! Ya verás, si se lo digo a tu padre.

HIJO MEDIANO.– *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Pero si me la dio él!

Antonieta mira a su marido, que sigue en la mesa, mordisqueando una nueva rebanada de pan y va a decir algo pero calla, porque llega la hija mediana con la cesta de la costura. Se apresura a esconder la página de la revista.

HIJA MEDIANA.– La cesta.

ANTONIETA.– *(Para alejarla.)* Pregúntale a tu padre si quiere que hagas más café. Y dale una taza a tu hermano.

La hija mediana se va a cumplir lo ordenado. Antonieta, mientras corta una borla con flecos de la cortina de la ventana, continúa su interrogatorio.

ANTONIETA.– ¿Te crees tú que yo no sé lo que haces por las noches? Pues que sepas que lo que haces, no sólo es pecado, que lo es y mucho. Además, puedes quedarte ciego. Pregúntaselo, pregúntaselo a tu confesor.

HIJO MEDIANO.– ¿El padre Bonifacio? *(Burlándose.)* Todos le llaman "el topo". No ve nada.

ANTONIETA.– *(Enfadada, a punto de pegarle un sopapo.)* ¡Eso es porque tiene cataratas! *(Por el bigote.)* ¡Y haz el favor de lavarte la cara!

El hijo mediano recula, sin dejar de reír. Y al llegar junto a la mesa de la cocina es él quien le pega un sopapo a su hermano menor, que ha vuelto a quedarse dormido.

HIJO MEDIANO.– ¡Despierta, lirón!

HIJO MENOR.– *(Despertándose sobresaltado.)* ¿Eh? ¿Qué?

Antonieta, sentada en una silla al lado de la ventana, comienza a coser la borla de la cortina a la boina del niño.

MANUEL.– *(Rezongando por lo bajo.)* Faltaba ahora la borla de los cojones. *(Consultando el reloj.)* ¡La siete y media! Vamos a llegar tarde. *(A Antonieta.)* ¿Queda mucho? Date prisa, mujer.

ANTONIETA.– *(Sarcástica.)* ¿Tú no dices siempre que no se hizo Zamora en una hora?

Manuel va a contestar pero la hija mediana, que ha acabado de calentar más café, le sirve a su padre.

HIJA MEDIANA.– Ten, papá, tómate otro café. Hay tiempo de sobra. *(Al hermano mayor.)* ¿Dónde os concentráis vosotros?

HIJO MAYOR.– En la Cuesta de San Vicente.

El hijo mayor saca del bolsillo un paquete de "Ideales", y le ofrece uno a su padre con un cierto orgullo, como para demostrar ante sus hermanos que ya fuma.

HIJO MAYOR.– ¿Quieres un "caldo de gallina"?

MANUEL.– Trae aquí, trae... *(Coge un cigarrillo del paquete.)* A ver si me calma los nervios.

Padre e hijo comienzan a liar los cigarrillos, que vienen sin acabar. Pero nota que su hijo no tiene aún mucha experiencia.

MANUEL.– ¿Qué haces? Dame, dame...

Le lía el cigarrillo y se lo devuelve para que ensalive la tirilla engomada.

HIJO MEDIANO.– *(A su padre.)* ¿Y a mí cuándo me dejarás fumar?

MANUEL.– Aún falta mucho para eso.

El hijo mediano bufa, desencantado. Manuel saca su chisquero y da fuego a su hijo y a sí mismo. El hijo mayor, mientras fuma, mantiene una conversación "de hombres" con su padre.

HIJO MAYOR.– ¿Sabes, papá, que dicen que este Himmler que viene es el que más manda en Alemania, después de Hitler?

MANUEL.– Y es verdad. El Reichsführer Himmler es el segundo en el mando.

HIJO MEDIANO.– ¿Qué quiere decir "reichsführer", papá?

MANUEL.– *(Pillado, improvisando.)* Pues eso: "führer" es jefe, y "reichs", segundo. Segundo jefe.

HIJO MEDIANO.– Yo creía que "reich" era Alemania. ¿Tercer reich quiere decir "Tercero segundo"? Parece la dirección de un piso.

MANUEL.– *(Saliendo del apuro como puede.)* Eso es "reij", lo que yo digo es "reichs". Son parecidos pero no es igual. Y cállate ya, que siempre estás metiendo baza donde no te llaman.

HIJA MEDIANA.– Yo he visto una foto de él, y no es muy guapo.

MANUEL.– Los caudillos no tienen por qué ser guapos. Y, además, ya se sabe que "el hombre, como el oso, cuando más feo más hermoso".

HIJO MAYOR.– Seguro que esta visita es para pedirle a España que entre en la guerra al lado de Alemania.

MANUEL.– Seguro. Porque dentro de un par de días van a verse en Hendaya Hitler y Franco. ¿Para qué va a ser si no?

HIJO MAYOR.– ¿Y tú crees que me dejarán presentarme voluntario?

Antonieta, que ya ha acabado de coser la borla a la boina y se acerca en aquel momento con ella en la mano, lo mira, alarmada.

ANTONIETA.– ¿Voluntario? ¿A qué te tienes tú que presentar voluntario? Tú no te tienes que presentar voluntario a nada. Eso faltaba. Acabamos de salir de una guerra y te quieres ir a otra, como quien se va de excursión. Ni hablar. *(A Manuel.)* Y tú, haz el favor de no darle alas.

MANUEL.– *(Protestando.)* ¡Pero si yo no he dicho nada!

ANTONIETA.– Por si acaso.

Le coloca la boina al niño pequeño, que sigue en brazos de la hija mayor. Manuel, sin que Antonieta lo vea, le hace gestos al hijo mayor de que no haga caso.

ANTONIETA.– Ya está, corazón, una boina como la de papá.

HIJA MAYOR.– Huy, sí. ¡Y qué borla tan bonita!

MANUEL.– ¿Entonces, ya podemos irnos?

Por el hermano menor, que sigue durmiendo.

MANUEL.– ¿Pero qué pasa con ese zanguango? ¿Es que no duerme por las noches?

El hermano mediano sacude al menor.

HIJO MEDIANO.– ¡Eh, zanguango, que despiertes!

HIJO MENOR.– *(Bostezando.)* ¿Qué me has llamado?

HIJO MEDIANO.– Yo no. Ha sido papá.

Toda la familia se pone en marcha, la hija mayor con el hijo pequeño en brazos, que sonríe, orgulloso, y mueve constantemente la cabeza para hacer ondear la borla.

HIJA MAYOR.– ¡Ay, Pablito, hijo, estate quieto con la cabeza!

ANTONIETA.– Mira que si el tren se retrasa mucho y no volvéis a tiempo para comer... ¿Queréis que os prepare algo, por si os entra hambre?

MANUEL.– Eso, y no saldremos de aquí hasta mañana.

HIJA MAYOR.– No te preocupes, mamá, en Auxilio Social hemos preparados bocadillos.

ANTONIETA.– Pero ¿habrá para todos? Mira que, si sois muchos...

MANUEL.– Mujer, que todo eso está previsto y bien previsto.

ANTONIETA.– Venga, pues dadme un beso.

Va besando a todos sus hijos por orden, sin dejar de hablar.

ANTONIETA.– Y si los bocadillos son de sardinas, procurad no mancharos, que las manchas de aceite cuestan luego mucho de sacar.

Besa al hijo pequeño, que sigue en brazos de su hermana.

ANTONIETA.– Y tú, prométeme que te vas a portar bien. ¿Me lo prometes?

El niño pequeño afirma con la cabeza.

ANTONIETA.– Así me gusta.

MANUEL.– *(Impaciente)* Vamos, vamos...

LOS HIJOS.– *(Ad libitum.)* Adiós, mamá, adiós...

Van saliendo todos.

ANTONIETA.– *(Mientras salen.)* Y no hagáis enfadar a vuestro padre. Y cuando salgáis al patio, os estaré mirando desde la ventana, para deciros adiós.

Una vez han salido todos, Antonieta cierra la puerta. Pese a las preocupaciones, se la ve aliviada. Va a la ventana, se asoma a ella.

ANTONIETA.– ¡Cuánta gente! ¡Qué barbaridad! Me parece a mí que en la finca sólo vamos a quedarnos la portera y yo.

Sin interrupción...

Primera escena

La cocina de la casa de Antonieta

El telón de gasa sube lentamente mientras se ilumina la escena. ANTONIETA está asomada a la ventana, en la misma posición en que la vimos en el último plano de la película, ambas imágenes, la proyectada y la real se han superpuesto por unos segundos.

El escenario representa, a un lado, la pequeña y modesta cocina de la casa de Antonieta, con una ventana que da al patio interior del edificio, y a través de la cual veremos, relativamente cercana, la ventana del edificio que se encuentra justo enfrente. En el lado contrario de la escena, un recibidor al cual se abren las restantes habitaciones de la casa, además de la cocina: la gran puerta acristalada que separa el vestíbulo del salón-comedor, la puerta del baño, la habitación de los dos chicos, la del dormitorio conyugal y la del piso, que da al rellano de la escalera. La cocina está tal como la hemos visto en la película, con la mesa llena de tazas y platos del desayuno, y prendas de ropa y zapatos diseminados aquí y allá. Se supone que ANTONIETA está mirando, a través de la ventana, el patio interior del edificio, que su familia atraviesa en ese momento en dirección a la calle.

ANTONIETA.– *(Saluda a la familia.)* Míralos, ya salen... Los míos, los más guapos. ¡Hola, hola! ¡Adiós! ¡Portaos bien!

Poco a poco en el patio cesan las voces. Un gran silencio invade la casa. ANTONIETA pasea la vista por la cocina que parece un campo de batalla. Suspira, abrumada de sólo pensar en el trabajo que le espera.

ANTONIETA.– Ellos se van y yo me quedo. ¡Madre mía! Y madre no hay más que una, y aquí harían falta por lo menos tres. Una, que arregle la casa; otra, para limpiar la cocina, y mientras, la tercera, que soy yo... *(Bosteza.)* va y se mete en la cama a dormir... *(Comienza a canturrear, desafinando algo.)* "Aunque amores yo tenga en la vida... que me llenen de felicidad... como el tuyo jamás, madre mía... como el tuyo no habré de encontrar..."

La cocina está hecha un verdadero desastre. ANTONIETA mira el conjunto con desánimo, arregla algo, y al cruzar de un extremo a otro de la cocina se topa con la pantalla de lámpara basculante que, como ya hemos visto, tiende a bajarse ella sola. La empuja hacia arriba, pero al poco vuelve a descolgarse, como desafiándola.

ANTONIETA.– Ya está otra vez la lamparita esta, fastidiando... ¡Venga, arriba! *(La empuja hacia arriba. Pausa. Amenazándola.)* Ahí quieta.

Llega junto a la mesa y, antes de ponerse a ordenar en serio la cocina, se deja caer en una silla. Junta los restos de café con leche de un par de tazas. Mira a su alrededor.

ANTONIETA.– Empecemos con esto... No, mejor primero las camas...

Pero antes ordena un poco la mesa: es decir, agrupa el desorden. Pone las tazas una dentro de otra, y en la última mete las cucharillas, recoge los restos de pan; en fin, todo lo que puede hacer sin necesidad de levantarse. Cuando se inclina para recoger un trozo de pan que se le ha caído al suelo se da cuenta de que tiene una carrera en la media. Se moja un dedo con saliva y humedece la malla para evitar que se extienda más. Recoge luego, también del suelo, una servilleta, un cuchillo y un tebeo. Mira la cubierta llena de colorines y lee el título.

ANTONIETA.– "Roberto Alcázar y Pedrín. El intrépido aventurero español. En 'La campana de Satán'" *(Lo abre y lee.)* "Mientras tanto, Pedrín sorprende al alcalde después de que éste ha hecho sonar la campana. // ¡Hola, señor compañero! // ¡Eh...! ¿Quién es? // ¡A ver cómo suena tu calabaza, tío bribón! // ¡Atiza! ¡Otro que viene a probar el jarabe de porra! // ¡Maldito crío! // ¡Toma, turrón de Jijona! ¿Te gusta?" *(Sorprendida.)* Vaya, por Dios... Qué cosas...

Sigue hojeando el tebeo. Los ojos de ANTONIETA se cierran. La mano que pasa las páginas se detiene y su cabeza cae lentamente sobre las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrín.

PÁJARO.– ¡Atoneta! ¡Atoneta!

Antonieta alza la cabeza bruscamente. Se levanta y se acerca a una jaula, que está colgada junto al marco de la ventana, y en cuyo interior brinca un PÁJARO, una especie de pequeño loro gris, que emite ahora sonidos incomprensibles. ANTONIETA le riñe.

ANTONIETA.– ¡Me llamo Antonieta, no "Atoneta"! ¡O lo dices bien o no me llames!

Descuelga la jaula y la deja en el alféizar de la ventana.

ANTONIETA.– Vamos, a la faena, que esta mañana no puedo perder el tiempo contigo.

Abre la puerta de la jaula, extrae el bebedero, le cambia el agua, enjuaga la pluma de sepia picoteada, saca de un cajón un paquete de pipas de girasol.

ANTONIETA.– La pluma de sepia está hecha una pena... Pues tendrás que contentarte con ésta. El viernes que viene, ya hablaremos.

La puerta de la jaula continúa abierta y el PÁJARO salta fuera. ANTONIETA se vuelve y, al verlo, lanza un grito.

ANTONIETA.– *(Asustada)* ¡Lucrecia!

El PÁJARO echa a volar. ANTONIETA deja caer al suelo el paquete de pipas, y se precipita hacia la ventana.

ANTONIETA.– ¿Dónde vas? ¡Vuelve aquí enseguida, bicho asqueroso!

Apoyada en el alféizar, con medio cuerpo fuera, sigue las evoluciones del PÁJARO que revolotea a sus anchas por el patio del edificio. Intenta llamarlo a silbidos, pero por la emoción del momento, no lo consigue y vuelve a gritarle.

ANTONIETA.– ¡Que vengas aquí te he dicho! No me hace ninguna gracia, ¿te enteras? Ninguna gracia.

El PÁJARO parece haberse detenido porque ANTONIETA le hace gestos de que se quede donde está.

ANTONIETA.– Eso, muy bien, ahí quieta, no te muevas, a ver si te caes...

Mira a su alrededor como buscando el modo de atraparla, y se da cuenta de que en la ventana que queda frente a ella, al otro lado del patio interior del edificio, se distingue a un HOMBRE de espaldas, probablemente sentado ante una mesa. Mueve los brazos para atraer su atención, gritando con voz sofocada.

ANTONIETA.– ¡Señor! ¡Eh, señor!...

Pero la ventana está cerrada y el HOMBRE no la puede oír, ni tampoco la ve porque está de espaldas a la ventana.

Segunda escena

El cuarto de estar de la casa de Gabriel

Un único ambiente, al cual se abren las puertas de un pequeño dormitorio, del baño y de la cocina. A la izquierda, un tabique acristalado separa el cuarto de estar del vestíbulo. En el tabique, un teléfono de pared. Al fondo, un gran ventanal, a través del cual se ve el edificio de enfrente. Muebles modestos: una mesa de comedor con algunas sillas y un aparador que no hace juego, un par de butacas pasadas de moda y una mesita junto a la ventana, que hace las veces de escritorio. La habitación está llena de paquetes muy voluminosos, hechos con papel de embalar, de pilas de libros sujetas con cordeles, y otros muchos sueltos, amontonados sobre el aparador. Hay algunos cuadros descolgados y apoyados en tierra; sólo uno, moderno, permanece aún en la pared.

GABRIEL está sentado ante la mesita escribanía, de espaldas a la ventana del edificio de enfrente por la que se ha asomado ANTONIETA para pedirle ayuda. Pero GABRIEL no la oye. Harta de intentarlo, ANTONIETA se retira apresuradamente de la ventana. Sobre la mesa de GABRIEL, dos pilas de sobres. El hombre está escribiendo y pasa los sobres de una pila a otra. De repente se detiene, y arroja la estilográfica sobre la mesa, con un gesto desesperado. Apoya la frente sobre la mesa, después se incorpora y saca de un cajón una navaja de afeitar, la abre y mira la hoja con atención, como si comprobara el filo. Finalmente cierra la navaja, la deja sobre la mesa e intenta volver a escribir. Pero en un acceso de rabia lo barre todo con la mano, y echa al suelo sobres, pluma estilográfica y navaja. Se levanta y contempla, como atontado, el desorden que acaba de provocar.

Suena en ese momento el timbre de la puerta. GABRIEL parece no haberlo oído. Suena de nuevo. GABRIEL sale de su estado de semiinconsciencia y mira, asustado, la puerta. Rápidamente recoge los sobres esparcidos por tierra, deja algunos sobre la mesa, otros los sigue llevando en la mano, como si no supiera qué hacer con ellos, y los que aún quedan en el suelo los empuja con

el pie hacia la habitación vecina, para ocultarlos a la vista, y lo mismo hace con la navaja. Cierra la puerta de la habitación y va al vestíbulo. Antes de abrir la puerta del piso, pasa la cadena. Comprueba a través de la rendija quién ha llamado. Cierra, quita la cadena y abre.

ANTONIETA.– *(Incómoda, jadeante.)* Perdone... se me ha escapado Lucrecia...

GABRIEL la mira, sin comprender.

ANTONIETA.– Tiene nombre de persona, ya lo sé, se lo puse yo por la cantante de ópera, pero es un pájaro... una cotorra pequeña... *(Señalando la ventana.)* Creo que desde su ventana podría cogerla. *(Lleva en la mano el paquete de pipas de girasol.)* Si me permite...

GABRIEL, todavía sorprendido, la deja entrar, cierra la puerta y va a abrir la ventana. Mira afuera, hacia la cornisa.

GABRIEL.– ¿Es aquélla?

ANTONIETA se asoma también a la ventana.

ANTONIETA.– Sí, ésa... Lucrecia, ven aquí, bonita, ven aquí... Te he traído lo que te gusta, ven... *(Extiende la mano, en la que ha puesto un puñado de pipas.)* Desde ayer que no ha comido...

VOZ DEL PÁJARO.– ¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz!

GABRIEL mira a su alrededor, va a la cocina y vuelve con una paleta de recoger la basura.

GABRIEL.– Ponga aquí unas pocas...

GABRIEL saca la paleta por la ventana, como si fuera un panadero metiendo el pan en el horno, y la vuelve a entrar, con la cotorra sobre ella picoteando alegremente las pipas de girasol. ANTONIETA intenta cogerla, pero el PÁJARO, asustado, echa a volar por la habitación, gritando.

ANTONIETA.– Ven, ven aquí, no seas mala...

Pasa rozando las piernas de ANTONIETA, que finalmente consigue atraparla.

ANTONIETA.– Quieta, ya, quieta... ¿Has visto lo que me has hecho? ¡Una carrera en la media! ¡Estrenadas esta misma mañana!

Se mete el PÁJARO bajo la bata, de modo que la cabeza del animal quede fuera de la ropa. Intenta sonreír a GABRIEL.

ANTONIETA.– No sabe cuánto lo siento, tantas molestias... *(Por el pájaro.)* Pero para nosotros es como uno más de la familia: si se me llega a escapar, menuda tragedia... Menos mal que usted no ha ido a recibir al alemán...

Viendo que GABRIEL no parece dispuesto a explicar por qué no se ha sumado al acto, continúa hablando.

ANTONIETA.– A mí sí que me hubiera gustado ir... pero con un marido y tantos hijos a los que preparar el desayuno y que vestir... ¿Sabe cuántos hijos tengo?

GABRIEL.– *(Responde distraído.)* No, no... Ninguna molestia.

ANTONIETA.– *(Desconcertada.)* Le estaba diciendo que tengo seis hijos. Y que si algún día llega el séptimo, dicen que el Caudillo podría darnos un premio de familia numerosa, y que... Pero ya veo que a usted le da igual, qué tontería, ¿por qué iba a importarle?

GABRIEL le sonríe, y de repente su sonrisa se convierte en una risa alegre y sonora.

ANTONIETA.– ¿Por qué se ríe?

GABRIEL.– *(Riendo aún.)* Porque... la vida está hecha de momentos muy diversos, y a veces le viene a uno el momento de reírse... así, de repente, como un estornudo. ¿No le pasa a usted nunca?

ANTONIETA.– *(Suspicaz.)* Se está usted riendo de mí.

GABRIEL.– No. Y aunque así fuese, tendría que darle las gracias. *(Transformando la risa en una sonrisa.)* Sí. Tengo que darle las gracias, por haber venido... precisamente ahora.

ANTONIETA.– *(Reservada.)* Perdone... no le entiendo...

GABRIEL.– No me haga caso. Tampoco yo me entiendo mucho... *(Mira el reloj.)* Es que hoy estoy un poco desfasado...

ANTONIETA no sabe cómo comportarse, se apoya en un pie, luego en otro, como si caminase entre espinas. Mira a su alrededor, con curiosidad, pero decide irse.

ANTONIETA.– Entonces, mejor me voy. Gracias...

Le tiende la mano. Él la toma y la retiene, inesperadamente ansioso.

GABRIEL.– ¡Espere, no se vaya! Puedo ofrecerle... una copa de licor, un... No, no puedo ofrecerle nada, porque esta casa no es en realidad mi casa... Puedo hacerle un café si se sienta y espera un minuto...

ANTONIETA, algo asustada, retira la mano.

ANTONIETA.– No, gracias, tengo que irme, ya se lo he dicho...

Va hacia la puerta de salida, pero al pasar junto al aparador cargado de libros, se vuelve hacia GABRIEL.

ANTONIETA.– ¿Los ha leído... todos?

GABRIEL.– Bueno, sí, más o menos... Ya se lo he dicho, tengo mucho tiempo libre. No, me parece que no se lo he dicho.

ANTONIETA cree reconocer uno de los libros, lo coge.

ANTONIETA.– Mira, "Los cuatro mosqueteros"... los del concurso de la radio... En casa lo oímos todas las semanas, ¿sabe usted?

GABRIEL.– Bueno, ésos en realidad son "tres". Digamos que es el original... ¿Quiere leerlo?

ANTONIETA.– *(Tentada.)* Pues... ya me gustaría... Pero, no, Dios sabe cuánto tiempo me iba a costar, y no... No, gracias...

GABRIEL.– A mí no me hace falta. ¿Ve? Lo había puesto con los que no... Quédeselo, por favor... Puede tenerlo el tiempo que quiera...

ANTONIETA vuelve a dejar el libro donde estaba.

ANTONIETA.– No. De verdad que no... Mejor me lo presta otro día...

GABRIEL.– No creo que... *(Se interrumpe.)* Hace dos meses que vivo en el mismo edificio... y no habíamos coincidido nunca... Quién sabe cuando volveremos a tener ocasión.

ANTONIETA, incómoda, busca una respuesta. Al bajar la vista descubre la cabeza de Lucrecia, que asoma por su escote.

ANTONIETA.– Bueno... Cuando Lucrecia vuelva a escaparse.

GABRIEL ríe, cortés, y ríe ANTONIETA, más de lo necesario, divertida de su propia ocurrencia.

El teléfono, cuya presencia no había advertido ANTONIETA al entrar, comienza a sonar. GABRIEL se apresura a responder, sin darle tiempo a despedirse.

GABRIEL.– ¿Diga? (...) ¿Eres tú? (...) ¡Por fin!

ANTONIETA se aleja discretamente y va a mirar el extraño cuadro que hay colgado en la pared, mientras continúa la conversación.

GABRIEL.– Ya, lo supe ayer: lo hacen siempre, cuando hay este tipo de actos... por precaución. Verás cómo lo sueltan dentro de un par de días... (...) Sí, hoy, pero no sé la hora... (...) Lo tengo casi todo, no es gran cosa... Los libros me los mandarán más adelante... (...) No, todavía no sé cuándo... Muchos son tuyos, estaba escogiéndolos... Los que no me interesan los dejo aquí... (...) Sí, sí, perdona, te llamaré más tarde... *(Suspira.)* Hasta luego... Adiós...

Cuelga, con la mirada ausente. De repente se acuerda de ANTONIETA, que está mirando con

curiosidad ciertas marcas misteriosas diseminadas sobre el pavimento. GABRIEL se acerca a ella por detrás y la hace sobresaltarse.

GABRIEL.– ¿Quiere saber para qué sirven?

ANTONIETA.– ¿Yo?... No...

GABRIEL.– Observe... Venga aquí... Fíjese bien...

Comienza a caminar alegremente siguiendo las marcas, hasta recorrerlas todas, para luego volver al principio en orden inverso.

GABRIEL.– Un, dos, tres... Un, dos, tres... Un, dos, tres... Ahora hacia atrás: tres, dos, uno... Tres, dos, uno... Tres, dos, uno... Es fácil, ¿no? ¡Deme la mano!

ANTONIETA lo mira, alarmada: ¿estará bien de la cabeza?

ANTONIETA.– No... ¿Qué dice?... Perdone, yo...

GABRIEL.– *(Casi autoritario, tomándola de la mano.)* Es fácil, fíjese en los números... Ánimo...

ANTONIETA obedece y GABRIEL la guía, algo exaltado.

GABRIEL.– ¡Con el izquierdo! Un, dos, tres... Un, dos, tres... Un, dos, tres...

ANTONIETA se mueve con torpeza, con LUCRECIA asomando por el escote y las zapatillas agujereadas.

ANTONIETA.– *(Protesta, intimidada.)* ¿Pero se puede saber qué estamos haciendo?

GABRIEL.– *(Satisfecho.)* ¡Estamos bailando la rumba! Un, dos, tres...

Comienza a silbar una rumba, siempre guiando a ANTONIETA de la mano. ANTONIETA, ya menos tensa, ríe.

ANTONIETA.– Déjeme, por favor... ¿Qué se ha creído? Mi hija la mayor sí que baila bien... pero yo... ¡y a mis años!

GABRIEL.– *(Cantando.)* ¡Es perfecta!

GABRIEL se acerca a un viejo gramófono de manivela, que descansa sobre una silla, le da cuerda y baja la aguja sobre el disco que se encuentra en el plato.

ANTONIETA.– ¿Va mucho a bailar?

GABRIEL comienza a bailar, ahora de verdad, mientras canta.

GABRIEL.– ¡Nunca!

ANTONIETA.– *(Divertida.)* Entonces, ¿por qué aprende la rumba?

GABRIEL.– ¡Porque sí!

GABRIEL hace un gesto vago, con la mano, como queriendo indicar que se le ha ocurrido sin motivo alguno, gesto que aumenta la hilaridad de ANTONIETA.

Pero del patio interior asciende bruscamente el sonido de la radio que acaba de encender la portera. ANTONIETA deja de reír y GABRIEL de silbar, ambos se detienen. El estruendo de un himno marcial ahoga las notas de la rumba. GABRIEL, suspirando, apaga el gramófono.

GABRIEL.– Bueno, esto es menos bailable. La portera ha encendido la radio. ¡No quiere perderse ni un detalle del acto!

ANTONIETA.– *(Nuevamente con prisas.)* Bueno, ahora sí que me voy. Tengo cosas al fuego...

Va hacia la puerta, seguida por GABRIEL.

ANTONIETA.– Gracias... Mucho gusto de haberlo conocido.

GABRIEL.– *(Tendiéndole la mano.)* Me llamo Gabriel.

ANTONIETA.– *(Estrechándosela.)* Ah, es verdad, no nos hemos presentado... Tanto gusto... Antonieta Gutiérrez.

GABRIEL.– Antonieta... ¡Qué nombre tan bonito!

El comentario turba a ANTONIETA, que sale, apresurada.

GABRIEL cierra la puerta y se vuelve para mirar la habitación, de nuevo desierta. Va hacia la ventana y desde detrás de los cristales espía a ANTONIETA que cruza el patio interior en dirección a su casa. Luego se dirige rápidamente al teléfono. Levanta el aparato, duda unos segundos y finalmente marca un número. Pero comunica, y cuelga enfadado. Con la espalda apoyada en la

pared deja resbalar su cuerpo hasta acabar sentado en el suelo. Ve que un fragmento del empapelado que cubre la pared se ha despegado. Comienza a romperlo en pequeños pedazos, como hacen los niños con los anuncios que encuentran pegados en los muros, cada vez con más rabia. Después hurga en sus bolsillos, encuentra un cigarrillo a medio fumar, lo enciende, se levanta y se dirige a la mesa.

Mientras tanto, en la radio de la portera, puesta a todo volumen, se escucha, sobre las notas finales del himno, la voz de un LOCUTOR *igual de estentóreo.*

LOCUTOR.– Aquí Radio Nacional de España, retransmitiendo en cadena a través de todas las emisoras del país, la histórica visita del Reichsführer SS y Jefe de la Policía Alemana, excelentísimo señor Heinrich Himmler y su séquito a nuestro país.

Más música marcial.

LOCUTOR.– Desde primeras horas de la mañana de este domingo 20 de octubre de 1940, un fecha sin duda para la historia, un inmenso gentío se ha congregado en la Estación del Norte de Madrid, que aparece profusamente engalanada con banderas de las dos naciones hermanas, para dar la bienvenida a tan egregio huésped. Momentos antes de las nueve de la mañana ha llegado a la estación el presidente de la Junta Política y Ministro de Asuntos Exteriores, señor Serrano Súñer, acompañado de su secretario político y consejero nacional, conde de Montarco…

La radio seguirá sonando durante la acción: himnos, parlamentos exaltados del LOCUTOR*, declaraciones y adhesiones, gritos y aplausos.*

GABRIEL se sienta ante la mesa que le sirve de escritorio frente al montón de sobres que ha recogido apresuradamente del suelo cuando ha llamado ANTONIETA, y silbando mecánicamente el mismo himno que se escucha en la radio comienza a ordenarlos, agrupándolos de nuevo en dos montones. Vuelve al teléfono, marca de nuevo, pero el número sigue ocupado. Mientras espera va al aparador y ordena los libros que hay sobre él. Cuando se da cuenta de que tiene en la mano "Los tres mosqueteros" alza la vista hacia la ventana de ANTONIETA. Deja el libro, va al teléfono y vuelve a marcar.

GABRIEL.– ¿Oiga? (…) ¡Por fin! Me sentía tan... Aunque ya debería estar acostumbrado: desde pequeño, o solo o separado, que viene a ser lo mismo... (…) ¡Sí, sí, claro que cuentas! Sólo que es todo tan absurdo... Según ellos deberíamos sentirnos culpables... Hoy he estado... he estado a punto, como quien dice... de cometer una barbaridad... *(Larga pausa.)* Me ha salvado la llegada de una mujer que vive aquí enfrente. (…) ¡Nooo!... Seguro... La vida, sea cual sea, vale la pena de ser vivida. ¿No se dice así? *(Vuelve a mirar en dirección a la ventana de ANTONIETA.)* Y cuando menos te lo esperas llega un pajarito a recordártelo... Sólo que hoy es para mí un día especial, lo sabes... Como en un sueño cuando... cuando quieres gritar y no puedes porque... porque te falta el aliento... *(Rápido.)* Y después me entran unas ganas terribles de hablar, y hablar, y hablar, ¿te das cuenta? *(Más rápido aún.)* Tengo que decírtelo... Me entran ganas de bajar a la calle, parar al primer desconocido... y contárselo todo... espantarlo, escandalizarlo... zarandearlo, hacerle daño... lo que sea... antes que continuar solo en esta casa que odio...

(Recobrando el aliento. Con dulzura.)

No dices nada? ¿Oiga? ¿Marcos? *(Gritando.)* ¡Habla, coño, di algo!... Lo que quieras, no sé, habla del tiempo, de fútbol, del libro que estás leyendo... (…) Perdóname... Sí, sé lo que sientes tú también... (…) No, sabes que hoy ya no podemos vernos... y quizá sea mejor así. Escucha... Cuando uno se siente hundido, tiene que hacer un esfuerzo y levantarse... Levantarse enseguida, porque si no, no hay nada que hacer, entonces sí que estás jodido, ¿entiendes? (…) No, Marcos, no, ya sé que no puedo... no podemos...

Sólo que hay momentos en que todo parece tan... tan cómico... *(Suplicante.)* ¿Por qué no nos reímos, eh? Llorar es algo que uno puede hacer solo, pero reír... reír es algo que hay que hacer a dúo. ¿Te acuerdas de aquella vez, en Sevilla, con el tipo aquel de la sandía? *(Ríe.)* ¡¡Ríete, Marcos, por favor te lo pido, ríete!! *(Pausa. Resulta patético.)* ¡Vaya amigo triste que me he ido a buscar! ¿Sabes lo que me va a resultar más duro? Tu ausencia... Cuídate... Hazme saber si estás bien... (...) Sí, cuando pueda, te llamaré...

Continúa hablando, pero la música marcial que suena en la radio, va ahogando su voz.

Tercera escena

En casa de Antonieta

Antonieta ya ha ordenado la cocina. La jaula está en su sitio, con la cotorra dentro. Cada vez que cruza la escena tropieza con la pantalla de la lámpara, que está demasiado baja. Coge del fregadero un perol que está lleno de agua

Pájaro.– ¡Atoneta! ¡Atoneta!

Antonieta.– ¿Pero qué "Atoneta"?... ¡Antonieta! *(Cariñosa.)* Menuda pieza estás tú hecha... Por si no tenía bastante con un marido y seis hijos, faltabas tú para acabar de complicarme la vida... Me has hecho perder media mañana... ¿Estás contenta?

Coge la escoba y va hacia la puerta. Se detiene ante el espejo del aparador. Se intenta ajustar la bata.

Antonieta.– ¡Qué vergüenza!... Completamente impresentable... En casa de un hombre solo, y con esta facha... Dios sabe lo que habrá pensado de mí...

Recoge del aparador un frasco de aceite de hígado de bacalao y una cuchara. Guarda el frasco y deja la cuchara en el fregadero. Instintivamente se vuelve hacia la ventana del edificio de enfrente, a través de la cual vemos a Gabriel, hablando por teléfono.

Antonieta.– ¡Qué pronto lo han vuelto a llamar! Bueno, ¿y a mí qué me importa?

Se inclina sobre el fogón para vigilar la llama y cuando se incorpora no puede evitar mirar de nuevo en dirección a la ventana de Gabriel, pero a éste ya no se lo ve. Antonieta vuelve al vestíbulo y comienza a barrer con desgana. Con el silencio, la voz del locutor se escucha con más claridad.

Locutor.– Las vibrantes y varoniles notas de una banda de música militar formada para rendir honores al insigne huésped, se mezclan con cientos, con miles de voces, que gritan, enfervorecidas, "¡Viva Franco!", "¡Viva Alemania!"

Llaman a la puerta.

Antonieta.– *(Asustándose.)* ¿Quién será?

Se acerca a la puerta con la escoba en la mano y espía por la mirilla. Y lo que ve la pone aún más nerviosa: esconde la escoba detrás del tabique, se quita de un tirón el delantal que lleva anudado a la cintura y lo esconde a su espalda, y se decide a abrir.

Antonieta.– *(Emocionada.)* ¡Ah... es usted!

Gabriel.– No parece demasiado contenta de verme.

ANTONIETA.– *(Cada vez más cohibida.)* No, es que... cuando llaman a la puerta... siempre me entra un poco de miedo... Una pregunta "¿quién es?" y siempre contestan "amigos"... aunque una no los haya visto nunca...

GABRIEL.– O sólo los haya visto una vez...

Entregándole el libro que lleva bajo el brazo.

GABRIEL.– Ha olvidado usted esto.

ANTONIETA retuerce, nerviosa, el delantal que oculta tras la espalda. Necesita dejar libre la mano para coger el libro, de modo que retrocede, de espaldas, hasta el paragüero, en cuyo interior deja caer el delantal, con expresión de alivio.

ANTONIETA.– No, no lo he olvidado... No quería aprovecharme... Además, ¿para qué? No, no gracias... *(Toma el libro pero enseguida intenta devolvérselo.)* Gracias.

GABRIEL.– Si lo coge, es a mí a quien le hace un favor.

ANTONIETA.– *(Evitando mirar a GABRIEL, hojea el libro.)* Tiene hasta ilustraciones... *(Sin levantar la mirada.)* Es usted... tan amable, que me tiene confusa...

Se escucha sonido de aviones surcando el cielo.

ANTONIETA.– ¡Los aviones!

Deja plantado a GABRIEL y corre hacia la ventana de la cocina, con el libro en la mano. Cuando los aviones ya han pasado, se vuelve hacia GABRIEL y va a la puerta de la cocina.

ANTONIETA.– Yo, cuando pasan los aviones, no puedo evitarlo, dejo lo que estoy haciendo y corro a verlos...

GABRIEL.– ¡Ah! La fascinación de los aviadores...

ANTONIETA.– ¡Figúrese!

Tras el paso de la escuadrilla se escucha de nuevo la voz del LOCUTOR.

LOCUTOR.– Águilas de corazón de acero, sobre cuyo fuselaje se reflejan los rayos del sol naciente, marcando a nuestros bravos pilotos la ruta que conduce a la gloria...

ANTONIETA.– *(De nuevo embarazada por la presencia de GABRIEL.)* Oh... el libro... voy a dejarlo aquí... *(Abre un cajón del armario de cocina.)* No quiero devolvérselo con manchas...

GABRIEL.– No tiene que devolvérmelo.

ANTONIETA.– *(Sorprendida)* ¿Y por qué?... No, los libros se devuelven...

Da unos pasos hacia la puerta, como invitando a GABRIEL a irse.

ANTONIETA.– Eso sí, tardaré un poco... No tengo demasiado tiempo para la lectura... tengo tantas cosas que hacer... *(Mira a su alrededor.)* Gracias, otra vez...

GABRIEL va hacia la puerta y ANTONIETA le precede para abrirle. GABRIEL se detiene. Mira el reloj.

GABRIEL.– Oiga... ¿no me ofrecería un café?

ANTONIETA.– *(Sorprendida.)* ¿Un... café?... Pues... sí, sí... claro... Perdone... No lo he dejado pasar de la puerta...

Se dirige apresuradamente a la cocina, con mala conciencia por haberse mostrado tan poco hospitalaria.

ANTONIETA.– Por favor, siéntese... Y no se fije en el desorden...

GABRIEL.– ¿No dicen que "el orden es la virtud de los mediocres"?

ANTONIETA.– ¿Ah, sí? Entonces yo debo ser un genio.

Coge el bote del café, va hacia el armario, se golpea en la cabeza con la pantalla de la lámpara, que ha vuelto a descolgarse, pero no se detiene. Saca el molinillo del café, lo llena y se dispone a molerlo.

GABRIEL.– No, no, deje... Creía que lo tenía ya hecho... No vale la pena...

ANTONIETA.– No, no, ¿qué dice? Pero siéntese allí, la cocina no es sitio para hombres...

GABRIEL.– *(Sentándose.)* No, no, a mí me gusta la cocina... Hay más calor, más intimidad... y, además, estoy acostumbrado... Soy soltero...

ANTONIETA.– ¿Soltero?

GABRIEL.– Sí.

ANTONIETA.– Pensaba que... No sé, que quizá era usted viudo... Pero soltero... Después de la guerra, no han quedado muchos hombres solteros... Vivos, quiero decir...

GABRIEL.– Ya ve, soy una excepción... Permítame... Es algo que siempre me ha divertido...

Le toma de las manos el molinillo de café, sonriendo, y comienza a darle a la manivela, en parte por ayudar, y en parte por alejar la conversación de temas personales.

GABRIEL.– Mi abuelo nos lo dejaba hacer como premio: cada nieto, tres vueltas, hasta que todo el café estaba molido. *(Da tres vueltas de manivela, se detiene y vuelve a darle.)* Una vez me echó fuera porque había dado cuatro vueltas.

ANTONIETA baja la vista y ve sus zapatillas agujereadas.

ANTONIETA.– Voy a buscar las tazas, perdone...

Sale y entra en el dormitorio. La música de la radio pasa a primer término. GABRIEL sigue dando vueltas a la manivela. Un cañonazo, amplificado por la radio, lo hace sobresaltarse, y el depósito del molinillo se abre esparciendo el café por la cocina. Más cañonazos, aplausos entusiastas, música e himnos.

LOCUTOR.– ¡La emoción embarga los corazones de todos los presentes, porque se anuncia que el convoy en el que viaja el ilustre huésped está a punto de entrar en agujas! En el andén, como vanguardia de la multitud enfervorecida, que espera el momento de rendir homenaje a tan alta autoridad de la nación hermana, esperan para dar la bienvenida al Reichsführer SS y Jefe de la Policía Alemana, Excelentísimo Señor Heinrich Himmler, el presidente de la Junta Política y Ministro de Asuntos Exteriores, señor Serrano Súñer, su secretario político y consejero nacional, conde de Montarco, los Ministros de Marina, almirante Moreno Fernández; de Industria y Comercio, señor Carceller, y vicesecretario de la Junta Política, señor Gamero del Castillo; embajador de Italia con consejeros y agregados; todo el alto personal de la Embajada alemana; alcalde de Madrid y gobernador militar; el Jefe de la Casa Civil del Generalísimo, señor Muñoz Aguilar, y otras personalidades, jerarquías y representaciones...

Mientras la crónica radiada prosigue su detallada descripción de los acontecimientos, GABRIEL recoge precipitadamente los granos de café y se apresura a introducirlos de nuevo en el molinillo. Se mete un par de ellos en el bolsillo y vuelve a girar la manivela con mayor prudencia. Alarga la pierna para ocultar bajo la mesa algún grano olvidado.

Simultáneamente ANTONIETA, que ha salido del dormitorio habiendo sustituido las viejas zapatillas por unos zapatos, se detiene ante el aparador, lo abre, saca una bandejita, dos tazas y un azucarero del juego de café "bueno". Se mira en el espejo, se arregla rápidamente el cabello, pero procura, con cuidado, que quede un rizo bien formado sobre su frente. Se humedece los labios varias veces para que se vean más brillantes, y se pellizca las mejillas. Vuelve a entrar en la cocina con unos andares menos descuidados y la cabeza tiesa para que no se le deshaga al caminar el rizo que apenas se mantiene en equilibrio sobre su frente. GABRIEL la mira y se da cuenta de la transformación.

ANTONIETA.– Y... usted... ¿a qué se dedica? ¿Es empleado?

Deja la bandejita con las tazas sobre la mesa y de modo casi imperceptible va ordenando todo lo que hay en ella.

GABRIEL.– Trabajo en la radio...

ANTONIETA.– *(Maravillada.)* ¿En la radio?

GABRIEL.– Bueno, soy... locutor... y guionista... Y también he dirigido algún programa de

radioteatro... Pero ahora estoy como si dijéramos en expectativa de destino... Nada importante, un asunto de trámite... *(Desviando.)* Le queda bien ese rizo sobre la frente...

ANTONIETA.– Ah, se me descuelga siempre... *(Se lo sube, con fingida indiferencia.)* Mi marido trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores... En la Dirección General de Marruecos y Colonias...

Al moverse, oye crujir algo bajo su zapato: se inclina y recoge del suelo un grano de café aplastado, que deja en un cenicero.

ANTONIETA.– Mi marido es... ¿cómo le diría?... Jefe del Servicio de ujieres... *(Para no darse demasiada importancia, añade.)* Pero el suyo tiene que ser un trabajo muy satisfactorio... Nosotros todavía no tenemos radio porque...

Suena el timbre de la puerta.

ANTONIETA.– *(Conteniendo la respiración.)* ¿Quién podrá ser?

GABRIEL.– "Amigos". ¿No dicen siempre eso?

ANTONIETA va hacia la puerta, preocupada. Espía por la mirilla.

ANTONIETA.– ¿Quién es?

PORTERA.– *(Fuera.)* Soy yo.

ANTONIETA abre la puerta, pero no completamente, para impedirle a la portera que entre.

PORTERA.– He venido a por la llave de la azotea. Ayer no me la devolvió, debe de tenerla usted. Tengo que subir a recoger la ropa tendida. ¿Le pasa a usted algo?

ANTONIETA coge la llave, que está colgada de un clavo junto a la puerta, y con gestos apresurados se la da a la PORTERA.

ANTONIETA.– *(Nerviosa.)* No, es que... No pensaba que podía ser usted... Cuando una está sola en casa y llaman a la puerta...

PORTERA.– *(Confidencial.)* Eso es, justo, lo quería decirle: mejor sola que mal acompañada... *(Señalando hacia el interior.)* De ése de ahí dentro... yo no sé nada... pero me da en la nariz que es mejor perderlo de vista que encontrárselo...

GABRIEL.– *(Insegura.)* Ah... es el señor de ahí enfrente... Sí, como... cuando se me ha escapado Lucrecia... él, amablemente...

PORTERA.– Oiga, yo no me meto en nada, ni quiero saber nada... ni sé quién es él ni quién deja de ser... Sólo que es un tipo muy raro... muy extravagante... muy poco recomendable... Para decirlo claro: ni él me cae bien a mí ni yo le caigo bien a él. Eso es.

Mientras tanto, en la cocina, GABRIEL ha dejado de moler el café y se ha acercado a la puerta para oír lo que dice la portera. Cuando ésta se va, vuelve apresuradamente a sentarse y a moler café.

ANTONIETA.– *(Regresando a la cocina, con tono decidido.)* Escuche. Tendrá que perdonarme, pero... *(Lo mira y decide sincerarse.)* Me... resulta muy incómodo... Era la portera... Se ha enterado de que usted estaba aquí, quizá le ha visto subir, yo no se lo he dicho... *(Sonríe.)* Tampoco hay nada de malo... pero... es una cotilla, tiene la lengua muy larga... Por eso... quizá sería mejor que...

GABRIEL.– *(Dejando el molinillo sobre la mesa.)* Quiere que me vaya.

ANTONIETA.– No, no, yo no quiero... Usted es tan amable... Lo siento, pero... pero es mejor...

GABRIEL.– *(Yendo hacia la puerta.)* Siempre pasa lo mismo: nos adaptamos a lo que piensan los demás... aunque no tengan razón...

ANTONIETA.– *(De nuevo agresiva.)* ¿Y usted, qué? Bien que ha parado de moler cuando he ido a abrir la puerta: ¡para que no lo oyeran! Usted también se adapta, ¿no?

GABRIEL va a abrir la puerta, pero ella se acerca, lo detiene.

ANTONIETA.– No, espere. Yo también quiero un café. Se hace en un momento, venga...

Entra, rápida, en la cocina. Él la sigue, incómodo.

GABRIEL.– Pero... no quisiera ponerla en una situación incómoda... Usted misma ha dicho que era mejor...

ANTONIETA.– *(Preparando la cafetera.)* He dicho, he dicho... Comprenda, yo... yo no tengo costumbre... *(Retira la olla del fuego para poner la cafetera.)* Usted es un extraño, perdone... no hay nadie en casa... probablemente es verdad que no está bien... Yo no lo conozco de nada... No sé nada de usted... *(Sonríe y se vuelve hacia él.)* Menuda lata le estoy dando con todas estas historias, ¿no? Le hubiera valido más irse al bar...

GABRIEL.– *(Pensativo.)* No... Hoy necesitaba compañía...

Avanza unos pasos y se golpea la frente con la pantalla.

ANTONIETA.– Siempre se baja.

GABRIEL.– *(Comprobando la polea.)* Es el contrapeso. Hay que equilibrarlo.

ANTONIETA.– ¿También es electricista, además de... cómo se dice? ¿Presentador de radio? *(Sin perder de vista la cafetera.)* O sea, que usted habla y le escucha toda España.

GABRIEL.– Bueno, a veces.

ANTONIETA.– ¿Y si le entran ganas de reír, qué pasa?

GABRIEL.– *(Riéndose.)* ¡Uf, hay que estar atento! Si uno se ríe con el micrófono abierto, le puede caer una buena multa...

ANTONIETA.– ¿Y a usted le ha caído alguna?

GABRIEL.– Alguna, sí.

Ambos callan unos segundos, y se escucha la voz del LOCUTOR.

LOCUTOR.– Al pasar revista a las fuerzas que le rinden honores, un batallón del regimiento número 2, con bandera y banda de música, se reproducen los entusiastas vivas a España y Alemania en que prorrumpe espontáneamente la multitud que quiere sumarse así a la bienvenida al insigne huésped. El rostro del Reichsführer Himmler no puede ocultar la emoción que le producen tan calurosas muestras de adhesión...

ANTONIETA.– *(Mientras le hace gestos a la cafetera, como para que se dé prisa.)* ¿Y ese que habla, es amigo suyo?

GABRIEL.– Bueno, sé quién es. A éste no se le escapa nunca la risa...

ANTONIETA.– *(Interesada.)* ¿Y Fernando Fernández de Córdoba? ¿Lo conoce en persona? Yo no he visto ninguna película suya, mi marido y yo no podemos ir mucho al cine, con tantos niños... Pero cuando habla por la radio... me lo imagino como un hombre bien parecido... alto... Seguro que está siempre de buen humor....

GABRIEL.– *(Bromeando.)* ¡Como yo!

ANTONIETA.– Bueno... Usted no me parece demasiado alegre...

GABRIEL.– *(Sonriendo.)* Depende de los días...

ANTONIETA.– *(Lanzada.)* Antes de que nacieran los chicos mi marido y yo sí que íbamos al cine... ¡Y al teatro! A mí me gustaba mucho la zarzuela... Mucho más que la ópera, porque es toda en italiano, y no la entiendo. Un día vi a la puerta de un teatro a Miguel Fleta, y le pedí un autógrafo. Pero lo perdí... Claro que eso fue antes de la guerra...

GABRIEL.– Entonces, ópera no. Zarzuela. Es más español. ¿Y qué zarzuela le gusta a usted?

ANTONIETA.– Bueno, no crea, tampoco he visto muchas. Aquella de "La Gran Vía" era muy graciosa. Sobre todo, lo que cantaba la criada... Aquella... *(Entona, con timidez.)* "Pobre chica... la que tiene… que servir! Más valiera…" *(Avergonzada.)* Ay, ya no me acuerdo… Y, además, desafino…

GABRIEL.– ¿Qué dice? Canta usted muy bien... *(Entona.)* "Pobre chica... la que tiene… que servir! Más valiera… que se llegase a morir…"

ANTONIETA.– *(Divertida.)* Eso... Y luego sigue "porque… si es que no sabe…"

GABRIEL se pone a cantar también. ANTONIETA lo mira, sorprendida. Los dos siguen cantando a coro.

LOS DOS.– "Por las mañanas… brujulear… aunque mil años viva… su paradero… es el hospital."

ANTONIETA.– Aunque también me gusta la copla. Cuando estoy sola, arreglando la casa o haciendo la comida, canto para mí... Como no tengo radio. ¿Conoce usted... bueno, claro, cómo no la va a conocer... "Ojos verdes"!?

GABRIEL.– *(Canta.)* "Ojos verdes... verdes como la albahaca..."

ANTONIETA lo mira con admiración, y se incorpora al canto.

LOS DOS.– "Verdes como el trigo verde... y el verde, verde limón..."

ANTONIETA y GABRIEL rompen a reír, también a coro. GABRIEL se queda mirando su piso a través de la ventana.

GABRIEL.– Vaya, resulta raro mirar la casa de uno desde el piso de enfrente.... *(Se da cuenta de que, junto a la ventana, está la jaula de la cotorra.)* Mira quién está aquí... Si es nuestra Lucrecia, la que quería convertirse en águila...

Suena el timbre del despertador.

ANTONIETA.– ¡Ay, Dios mío, qué tarde se ha hecho!

Va corriendo hacia el dormitorio. GABRIEL se levanta instintivamente y la sigue.

ANTONIETA.– Pongo el despertador cada hora para organizarme mejor. *(Desde el dormitorio.)* Ahora, cuando vuelva a sonar, sabré que son las doce...

GABRIEL.– *(Que ha llegado frente a la puerta del dormitorio.)* ¿Y no sería más fácil mirar de cuando en cuando la hora que es?

ANTONIETA.– *(Aún desde el dormitorio.)* Ya. ¿Y si me olvido de mirar?

Al salir y darse cuenta de que GABRIEL se ha acercado a la puerta del dormitorio y puede ver su interior, lo empuja hacia el vestíbulo.

ANTONIETA.– ¡Ah, no, ahí no, perdone! Está todo desordenado... No me gusta que lo vea así... No, por favor...

Cierra la puerta tras de sí y le señala una silla.

ANTONIETA.– Pero siéntese... El café estará enseguida...

GABRIEL.– No sabe cuánto siento causarle tantas molestias.

ANTONIETA.– *(Mientras va a la cocina.)* ¿Molestias? No, ninguna... *(Como para ella.)* Con que se esté quieto...

GABRIEL queda solo en el saloncito y da algunos pasos por la habitación. Cerca del aparador, colgado de la pared, hay un cinturón con una funda que contiene una pistola. GABRIEL la mira, alucinado. Se aleja rápidamente. Encuentra una caja de chocolatinas, la abre, coge una, mira furtivamente a su alrededor, le quita la envoltura, se la come de un bocado, como un niño goloso y se guarda el papel en el bolsillo. Sobre el aparador ve un álbum de fabricación casera, lo coge y va a sentarse. Comienza a hojearlo, con expresión cada vez más maravillada. Lee en voz alta la leyenda de la cubierta.

GABRIEL.– "Nuestro Caudillo" *(Sigue hojeando, mira las fotografías y lee.)* "Franco protege a España de sus enemigos"... *(Un recorte de prensa. Lee.)* "El Jefe del Estado y su familia se instalan en el palacio del Pardo".

En la cocina, ANTONIETA prepara de prisa el café: intuimos que quiere librarse del visitante cuanto antes. Vierte el café en las tazas. La música de la radio invade la estancia con un himno militar.

GABRIEL.– *(Leyendo.)* "El hombre tiene que ser marido, padre y soldado. La maternidad es

el modo que tienen las mujeres de engrandecer a España". "Con nervios de acero y mano firme, el Caudillo conduce la nave..." "Mussolini, un gran hombre..."

Antonieta llega llevando sobre una bandejita dos tazas de humeante café.

Antonieta.– ¿Le gusta mi álbum?

Gabriel.– ¿Es suyo? Creía que era de alguno de sus hijos...

Antonieta.– No, no, es mío. Me divierte recortar cosas de los periódicos. Mi marido los trae del despacho... ¿Qué le parece?

Gabriel.– *(Indicando una foto.)* Un caballo muy bonito...

Antonieta.– Es Mussolini, muy amigo de Franco... Dicen que tiene tres caballos. Y se llaman Ned, Abril y Fru Fru. ¿Cuánto azúcar?

Gabriel.– ¡Tres! No, dos, dos... *(Ambiguo, entre serio e irónico.)* ¿Sabe usted que se dice de él que cada mañana "rompe los riñones de un caballo, y cada noche los de una mujer"? ¡Pobres caballos... y pobres mujeres!

Antonieta.– El Caudillo no es así. Quiere mucho a su mujer y a su hija...

Gabriel.– Gracias. *(Tomando la taza. Bebe un sorbo.)* ¡Qué bueno! Ha hecho bien no aceptando el que yo le ofrecía.

Antonieta.– *(Excitada.)* ¿Sabe usted que una vez... hace cinco años de esto... lo vi tan cerca como lo estoy viendo a usted?

Gabriel.– *(Fingiéndose maravillado, con una ironía que ella no percibe.)* ¿A quién? ¿A Mussolini?

Antonieta.– No, ¿qué dice? Al Caudillo.

Gabriel.– Vaya... ¿Y dónde?

Antonieta.– Aquí, en Madrid, era el año 35. Había venido a ver al Ministro, eso me dijo mi marido. Él iba en coche, un coche negro, cerrado, con un banderín... Yo había ido al centro, a comprar... Lo vi a través de la ventanilla y lo reconocí... Ya era muy popular entonces, por todo lo de Asturias... Lo vi, y el se me quedó mirando... ¿Y sabe qué? Le voy a parecer una tonta, pero no pude evitarlo... Le saludé con la mano y le envié un beso. Y él me sonrió...

Gabriel.– ¡Qué emocionante!

Antonieta.– *(Mirando su taza de café, casi para ella,)* Y esa tarde descubrí que estaba embarazada de Pablito...

Gabriel.– *(Mirándola con los ojos entrecerrados.)* Caramba... *(Vuelve al álbum.)* "El objetivo del varón es dominar la naturaleza, descubrir nuevos territorios y luchar para defenderlos. A él Dios le ha encomendado las más altas misiones. La mujer, por el contrario, está limitada por la fisiología y la psicología: su sitio es el hogar y su tarea más importante asegurar la propagación de la especie". *(Mirándola.)* ¿Está usted de acuerdo con esto?

Antonieta.– *(Extrañada.)* Claro que estoy de acuerdo. Además, lo dice un sacerdote. Son los hombres los que salen en los libros de historia, ¿no?

Gabriel.– *(Ligeramente irónico.)* Sí... Demasiado incluso... Tanto, que ya no queda sitio para nadie más... Y menos aún para las mujeres, ¿no le parece?

Antonieta.– *(Seria.)* ¡Mire que es usted complicado!

Gabriel cierra el álbum riendo y se lo da a Antonieta, que lo guarda en un cajón del aparador.

Gabriel.– *(Recogiendo con la cucharilla el azúcar que ha quedado en el fondo de la taza.)* Mi madre, por ejemplo, no era un hombre pero... era un genio... pintaba, escribía, trabajaba de contable, ella era quien sacaba adelante la familia, quien tomaba todas las decisiones... La única decisión que tomó mi padre fue irse de casa... *(Ríe.)* Era una gran mujer, ¡pero no supo conservar al marido!... *(Para sí.)* O quizá no quería conservarlo.

ANTONIETA.– Pues mi madre era un mujer completamente diferente. Por las noches, cuando mi padre volvía a casa, vivíamos todavía en Jaén...

Suena el timbre de la puerta.

ANTONIETA.– *(Resopla.)* ¡Seguro que es ella otra vez!

GABRIEL.– *(Ligeramente provocativo.)* Dígale que si alguien me busca, estoy aquí, en su casa... Y no pierda la calma.

ANTONIETA.– *(Nerviosa.)* ¿Y por qué? ¿Me ve usted nerviosa?

ANTONIETA abre la puerta pero permanece en el umbral para no tener que dejar entrar a la portera, de la cual vemos sólo las manos.

PORTERA.– Tenga, le devuelvo las llaves. He visto que usted también tiene ropa tendida. Ya está seca.

ANTONIETA.– Ah, sí, gracias... Voy enseguida...

PORTERA.– *(Metiendo la cabeza,)* ¿Aún está ahí?

ANTONIETA.– *(Titubeando.)* Sí... Es que me está arreglando la luz de la cocina.

PORTERA.– *(Despreciativa,)* ¿Ése? Yo a ése no le dejaría que me arreglara ni el cubo de la basura.

Mientras ANTONIETA habla con la portera, GABRIEL se levanta silenciosamente y se escabulle en dirección a la cocina. Se queda mirando la lámpara, hace subir y bajar la pantalla, comprueba cómo funciona el contrapeso y busca a su alrededor algo para hacer que pese más. Encuentra un bote lleno de tierra de fregar, se sube sobre la mesa y vierte una pequeña cantidad en el contrapeso.

ANTONIETA.– *(Resentida.)* Perdone, pero ¿se puede saber por qué la tiene tan tomada con él?

PORTERA.– *(Con tono maternal.)* Yo lo hago por su bien... Ya se sabe, cuando una frecuenta cierta clase de gente... *(Despreciativa.)* No se lo quería decir, pero el inquilino del tercero, ése ni frío ni calor... ¡Y quien no está con Franco, está contra Franco y es un mal español! ¡Un desafecto! Hablando pronto y mal, un hijo de puta...

ANTONIETA.– ¡Eso no!

PORTERA.– ¿Cómo que no? ¿Por qué se cree que no le dejan trabajar en la radio? ¿Sabe lo que le han dicho? "¿Así que escupes en el plato en que te damos de comer? Pues se ha acabado la comida y el plato..."

ANTONIETA.– *(Decepcionada.)* Pero... una persona... decente... no puede ser mal español...

PORTERA.– *(Didáctica.)* Mire, señora Antonieta, una cosa no tiene que ver con la otra. Yo, por ejemplo, conocí antes de la guerra a uno que vino a robar aquí, a esta casa... *(Triunfal.)* ¡Y ahora está en la Policía Armada! Uno puede ser un sinvergüenza, lo que importa es que haya hecho la guerra con los nacionales... Eso es lo que cuenta, ¿no le parece?

ANTONIETA se queda pensativa, apoyada en la puerta. Cuando levanta la vista se da cuenta de que la portera ya se ha ido. Tras asegurarse, cierra la puerta con fuerza. Se dirige hacia donde estaba sentado GABRIEL.

ANTONIETA.– *(Dura y muy enfadada.)* Oiga. Tengo que salir. *(Mirando a su alrededor.)* ¿Dónde está?... Este hombre me va a poner en un compromiso... *(Va a la cocina, lo ve sobre la mesa. Sorprendida)* Pero ¿qué está haciendo?

GABRIEL.– *(Todavía vertiendo la tierra de fregar en el contrapeso.)* Arreglo la lámpara. Si la portera vuelve para controlar, y ve que no la he arreglado...

ANTONIETA.– *(Agresiva y avergonzada.)* ¡Ha estado usted escuchando!

GABRIEL.– *(Siguiendo con la lámpara.)* Sólo al principio. Luego han bajado bastante la voz...

ANTONIETA.– Deje en paz la lámpara, tengo que subir a la azotea...

Antonieta va a controlar la olla, apaga el gas y prepara los ingredientes para la sopa con gesto hosco.

Gabriel.– Bueno, ya está... ¿Qué le ha dicho la portera?

Antonieta.– ¿De usted? Nada... ¿Por qué, qué me tenía que decir?

Gabriel.– Pues... hablando en general soy su tema de conversación favorito... Después del simple de su marido, que, cuando estaba agonizando, en vez de que le trajeran el viático, pidió que le pusieran la camisa azul...

Antonieta.– *(Agresiva.)* Era un buen tipo. Y un buen español. ¡No era un... subversivo! ¡Y un des... un desafecto!...

Gabriel.– Como yo, ¿verdad? ¿Ve como se lo ha dicho?

Antonieta.– ¡Cuando la gente habla, es señal de que siempre hay algo de verdad!

Gabriel.– Yo no creo que el inquilino del tercero sea contrario al Régimen. Más bien creo que es el Régimen el que es contrario al inquilino del tercero.

Antonieta.– *(Brusca,)* ¡Ya, claro! ¡Son los demás los que la tienen tomada con usted! Venga, calle...

Gabriel.– *(Mirando el contrapeso.)* Quizá un poco más de arena...

Antonieta.– Dígame, entonces... ¿por qué lo han echado de la radio? ¿Por capricho?

Gabriel.– *(Probándolo.)* Porque... quizá porque mi voz no era como marcan las directrices de Radio Nacional: "solemne, vibrante y llena de orgullo varonil y de recia raigambre castellana..." Yo... no tengo mucho orgullo... ni demasiada raigambre castellana... quizá porque nací en Valencia...

Antonieta.– Sí, sí, a burlarse de todo, a eso no le gana nadie... Pues yo, y perdone la franqueza... creo que han hecho bien.

Antonieta, con una gran cesta de mimbre, se dirige ostensiblemente hacia la puerta.

Antonieta.– Bueno... yo...

Gabriel, *que sigue manipulando la lámpara, lanza de repente un grito de dolor.* Antonieta *se vuelve, asustada, grita también.*

Gabriel.– ¡Me ha pasado la corriente!

Antonieta.– *(Dejando caer el cesto.)* ¡Jesús, la corriente!

Ha sido una broma y Gabriel ríe de corazón, pero se da cuenta de que la broma no ha hecho gracia.

Antonieta.– *(Enfadada.)* ¡Los hombres... son todos muy graciosos!... Perdone, pero casi me da un ataque... *(Señala la ventana.)* Lo que faltaba, con ésa *(Por la portera.)* siempre fisgando... ¡Dios sabe lo que se habrá pensado! ¿A qué ha venido usted, a ponerme en un compromiso en mi propia casa? ¡Y deje eso de una vez, que tengo que irme!

Gabriel.– *(Mortificado, baja de la mesa.)* Sólo quería hacerla reír...

Antonieta.– Pues ya ha visto cómo me ha hecho reír.

Gabriel.– Pero la lámpara ya está arreglada, ya no se baja. Tengo buena mano, ¿no?

Antonieta.– *(Recogiendo el cesto.)* Muy buena. Puede enviarme la factura.

Se encamina hacia la puerta, seguida por Gabriel. Pero Gabriel se detiene al ver, tras la puerta de la cocina, un retrato de José Antonio hecho con botones de todos los tamaños y colores y, sorprendido, pasa los dedos sobre ellos. Justo al pie del retrato, apoyado en la pared, hay un patinete.

Gabriel.– ¡Un retrato de José Antonio... con botones! ¿También lo ha hecho usted?

Antonieta.– *(Abriendo la puerta del piso)* ¡Sí, yo, con mis manos! ¿Qué pasa? ¿También tengo que darle cuenta a usted?

GABRIEL.– *(Frente al retrato.)* No... Es... es muy ingenioso... Y, sobre todo, ahora que se han inventado las cremalleras, para algo tienen que servir los botones...

ANTONIETA.– *(Ya desde fuera.)* Tiene usted muy mala pata, si se cree usted que va a hacer reír a alguien... ¡Y haga el favor de salir de una vez! ¡Gracias por la visita, adiós, muy buenas!

Suena el timbre del despertador. ANTONIETA vuelve a entrar, deja el cesto y corre al dormitorio. Cuando sale, se encuentra a GABRIEL montado sobre el patinete, dando vueltas por la habitación.

GABRIEL.– *(Riendo.)* ¡Paso, paso, que voy!

ANTONIETA.– *(Asustada, retrocediendo hasta la pared para no ser arrollada.)* Pero... ¿se ha vuelto loco?

GABRIEL.– *(Con el rostro encendido, sin detener el patinete.)* ¿Sabe cuánto hace que no montaba en un patinete?

ANTONIETA.– *(Impaciente.)* Este tipo no es normal. Le falta un tornillo... *(A gritos.)* ¡Oiga, oiga usted...!

Gabriel sigue dando vueltas con el patinete, riendo.

Oscuro.

Cuarta escena

En la azotea

Una gran terraza llena de ropa tendida. Por la puerta que da a la escalera entra ANTONIETA, caminando de prisa, altiva y belicosa. Detrás de ella viene GABRIEL.

ANTONIETA.– ¿Pero no se iba usted a su casa? ¿Se puede saber para qué ha subido?

GABRIEL.– Bajaré por la otra escalera, así evito el espionaje porteril...

ANTONIETA.– Haga lo que le dé la gana...

ANTONIETA comienza a recoger la ropa, que guarda en el cesto. Está enfadada y mira con hostilidad a GABRIEL, que la sigue en todo momento, y descuelga ahora una camisa, luego una toalla.

ANTONIETA.– Tenía que haberme dicho usted desde el principio lo que pensaba...

GABRIEL.– ¿Cómo?

ANTONIETA.– Que tenía que haberme dicho desde el principio lo que pensaba...

GABRIEL.– ¿De qué?

ANTONIETA.– Pues de... Del álbum...

GABRIEL.– ¿Qué diferencia habría habido?

ANTONIETA.– *(Resentida.)* La diferencia es que no le habría dejado entrar en mi casa. Esa es la diferencia.

GABRIEL.– *(Provocando.)* ¿Pero de qué tiene miedo? Si usted está tan segura de sus ideas...

ANTONIETA.– ¡Pues sí señor! Pero no crea que me voy a poner a discutir con alguien como usted... que lo critica todo... que se burla de todo. Es capaz de tomarse a broma las cosas más serias.

GABRIEL.– No, mire, no estoy siempre riendo. La verdad es que no tengo demasiados motivos para reírme...

Preocupado, recoge mecánicamente algunas prendas interiores femeninas en bastante mal estado, que deja en el cesto.

ANTONIETA.– ¡No, esa ropa no es mía!

Pero tan pronto como GABRIEL se aleja para seguir recogiendo ropa, ANTONIETA se apresura a esconder las prendas en cuestión en el fondo del cesto. GABRIEL, que está entre dos hileras de sábanas, se detiene y se vuelve hacia ANTONIETA.

GABRIEL.– *(Agresivo.)* ¡Usted sí que debería reír! Pero la señora no ríe. ¿Por qué no ríe la señora? Las cosas le van bien a la señora, la señora tiene una casa... un marido, seis hijos... Entonces, ¿por qué no ríe la señora?

ANTONIETA no responde, sólo suspira y hace un gesto con la cabeza, como queriendo decir que no tiene demasiados motivos para reír.

ANTONIETA.– *(De nuevo agresiva.)* ¿Se puede saber a qué viene eso ahora, tanta "señora" y tantas cortesías? Mi marido dice que eso ya no se gasta, que ahora todos somos camaradas. Pues a mí sí que me gusta que me digan señora y que me traten amablemente, pero no como hace usted, que lo hace sólo para burlarse... *(Mira en torno suyo, pero ya no ve a GABRIEL.)* ¿Dónde está? *(Nadie contesta.)* ¿Se ha ido? ¡Mejor así! *(Continúa recogiendo ropa y buscándolo con la mirada, sin verlo.)* Pero por lo menos podría haber dicho adiós.

Quita las pinzas que sujetan una sábana pero ésta cae sobre ella, cubriéndola como un fantasma. ANTONIETA intenta librarse, pero GABRIEL, que era quien estaba dentro de la sábana, la estrecha entre sus brazos.

ANTONIETA.– ¡Ay!

GABRIEL.– *(Sin soltarla e iniciando un paso de rumba.)* Si te quieres por el pico divertir... cómete un cucuruchito de maní... Qué calentito y rico está... Ya no se puede pedir más...

ANTONIETA.– ¿Pero qué hace ahora? *(Ríe.)*

GABRIEL.– *(Abrazándola.)* ¡Tiene razón: se ha acabado el "usted"! A partir de ahora ¡vamos a tutearnos!

ANTONIETA.– *(Riendo.)* ¿Pero qué hace? ¡Déjeme!

GABRIEL.– *(Juguetón y divertido.)* ¡Adelante! ¡Defiéndete! ¡Rebélate!

ANTONIETA, bajo la sábana, intenta librarse del abrazo y los dos luchan torpemente, como dos niños que están probando sus fuerzas.

ANTONIETA.– *(Riendo de corazón.)* ¿Pero quiere dejarme?

GABRIEL.– *(Excitado.)* ¿Has visto? ¡Por fin estás riendo!

ANTONIETA.– *(Protesta, sin dejar de reír.)* ¡No estoy riendo!

GABRIEL.– ¿No? ¡Lástima! Porque, cuando ríes, estás mucho más guapa.

ANTONIETA.– *(Siempre riendo.)* ¿Guapa? Eso hace años, puede ser...

Los dos hablan entre jadeos, empujándose el uno al otro, envolviéndose en las sábanas batidas por el viento. ANTONIETA consigue por fin inmovilizar a GABRIEL, y quedan los dos abrazados, balanceándose.

GABRIEL.– *(Jadeando.)* ¿Paces?

ANTONIETA.– *(Riendo.)* ¡Paces!

Antonieta afloja la presa y se quita la sábana de encima. Siguiendo las reglas, GABRIEL debería soltarla inmediatamente... pero continúa estrechándola entre sus brazos: este instante de más basta para cortar de raíz las risas de ANTONIETA. Con la respiración agitada y el rostro arrebolado se separa de él y se deshace de la sábana echándola en el cesto, con gestos que se han vuelto de repente bruscos. GABRIEL va tras ella, lamiéndose el dorso de la mano, donde se ha hecho un pequeño arañazo.

GABRIEL.– "Broma banal que acaba trágicamente"... ¿Has visto? Me has arañado.

ANTONIETA.– ¡Bien está!

El tono de ANTONIETA *–que está de espaldas a* GABRIEL*; no quiere mirarlo ni que él la mire a ella– es de nuevo severo.*

GABRIEL.– *(Inclinándose para mirarla.)* ¿Qué te pasa?

ANTONIETA.– *(Tras una breve pausa, explota.)* Me pasa que estoy ya harta de sus... bromas, llamémoslas así... *(Continúa recogiendo la colada como si quisiera hacerla jirones.)* Yo no sé qué idea rara se le ha metido en la cabeza... ¡pero le aseguro que se equivoca conmigo! Y no hace falta que ponga esa cara, me ha entendido muy bien.

El rostro atónito de GABRIEL *es el rostro, un poco ridículo, de quien no entiende en absoluto de qué se le acusa. Hasta que, de repente, se da cuenta de que* ANTONIETA *ha malinterpretado su gesto.*

GABRIEL.– *(Incrédulo.)* Antonieta, te aseguro que yo no tenía ninguna intención... ANTONIETA.– No, qué va. Me ha abrazado por casualidad... Todos los hombres son iguales... pero yo ya me esperaba esto... Desde esta mañana que me lo esperaba....

GABRIEL.– *(Maravillado.)* ¿Te lo esperabas?... ¿De mí?...

ANTONIETA.– *(Intentando plegar la última sábana.)* Primero "Los tres mosqueteros"... Luego el café... Claro que, en su ambiente, debe ser distinto...

GABRIEL, confuso y azorado, siente que debe confirmar de algún modo las sospechas de ANTONIETA*, y compone con cierta torpeza una sonrisa de falsa modestia. Coge del suelo una punta de la sábana para ayudar a* ANTONIETA *a plegarla.*

ANTONIETA.– No, no... Déjelo estar, ya lo hago yo...

GABRIEL.– *(Conciliador.)* En casa, ayudaba siempre.

ANTONIETA.– Actor, cantante, locutor de radio... Por eso es por lo que se ha puesto teléfono...

La sábana, sujeta por sus cuatro puntas, va siendo plegada, hasta que queda reducida a un estrecho rectángulo de tela. Los dos tienen que acercarse para el pliegue final. Lo hacen y quedan quietos, el uno frente al otro. Sólo en este momento GABRIEL *se da cuenta de que* ANTONIETA *está todavía turbada por todo lo sucedido, y más emocionada aún por su proximidad. Ninguno de los dos se mueve. De repente suena, a todo volumen, el himno alemán.*

ANTONIETA.– *(Casi sin aliento.)* Váyase, por favor... Le he dicho "por favor".

Las manos que sujetan los cuatro extremos de la sábana están casi rozándose. ANTONIETA *pone las suyas sobre las de* GABRIEL*, las aprieta. Se miran un momento, después* ANTONIETA *apoya la frente sobre el borde de la sábana, todavía con las manos sobre las manos de él.* GABRIEL *acerca su mejilla a los cabellos de ella, sorprendido por este momento de tierna melancolía. Siguen escuchándose las notas del himno de Alemania.*

ANTONIETA.– *(Todavía susurrando, implorante.)* Tiene que irse... Antes, cuando me ha abrazado, yo me tenía más miedo a mí misma que a usted... porque desde esta mañana no hago más que mirarle...

Levanta el rostro y mira a GABRIEL*. Éste, con un gesto rápido, le aparta el cabello de los ojos... En un impulso,* ANTONIETA *toma entre sus manos el rostro de* GABRIEL *y lo besa en los labios, un beso muy largo.* GABRIEL *no se mueve y* ANTONIETA *sigue besándolo, en los labios, en el cuello, en los ojos.*

ANTONIETA.– *(Respirando con dificultad.)* Tienes que irte, ¿lo entiendes?... Yo no... no sé ni cómo... Nunca, nunca, tienes que creerme, es la primera vez, la primera... Dime tú, Gabriel, por favor... dime... es importante...

Las manos de GABRIEL *tiemblan. Entre los brazos de ella, se encuentra sometido a un gran esfuerzo psíquico que le corta el aliento y le baña la frente de sudor.*

ANTONIETA.– *(Acariciándole la nuca con ternura.)* Gabriel... Gabriel...

Sigue escuchándose el himno. Pero GABRIEL *no responde, no se mueve, permanece tenso y rígido.* ANTONIETA *por fin se da cuenta de esta "reacción". Se tensa también, se separa de él, sin comprender.*

GABRIEL.– *(En voz baja.)* Hay una frase en tu álbum. "El hombre tiene que ser marido, padre y soldado". Yo no soy... ni marido... ni padre... ni soldado...

ANTONIETA.– *(Extraviada.)* ¿Qué quiere decir?

GABRIEL.– No me han echado de la radio por mi voz... ni por mis antecedentes políticos... "Indiferente, inútil y con tendencias depravadas", eso es lo que pone en mi ficha.

ANTONIETA.– *(Ha entendido y lo mira, horrorizada. Pero dice, desafiante.)* ¡No lo entiendo!

GABRIEL.– *(Firme.)* Lo ha entendido perfectamente. Es eso.

Ofendida, engañada, temblando de rabia, ANTONIETA *le da de repente una tremenda bofetada a* GABRIEL*, que se tambalea a causa de la violencia del golpe. Se recompone y va tras* ANTONIETA*, que ha recogido apresuradamente el cesto de la ropa y corre hacia la escalera.* GABRIEL *la alcanza, estrecha su cuerpo contra el suyo en un abrazo violento y enfermizo.*

GABRIEL.– *(Poseído, histérico.)* ¿Qué te esperabas? ¿Qué te esperabas? ¿Besos, magreos, qué quieres, que te meta las manos bajo la falda? ¿Era eso lo que estás esperando desde esta mañana?

Va haciendo lo que dice, se restriega contra ella, la toca, la empuja contra la pared, le abre la bata a la altura del pecho, le rompe los tirantes de la combinación, le coge un pecho con la mano, la maltrata.

ANTONIETA.– *(Aterrorizada.)* ¡No! ¡Gabriel! ¡No!

GABRIEL.– *(Sin detenerse, enloquecido, con la voz cada vez más estridente.)* ¿Es esto lo que hay que hacer cuando uno está solo con una mujer? ¡Contesta! Tanto repetir "Todos los hombres son iguales"... ¡Y hay que demostrároslo! ¡Porque para vosotras ése es el músculo más importante!

Y la abraza con furia. ANTONIETA *se resiste, temblando de miedo. Forcejean. Vuelcan el cesto de la colada y la ropa se esparce.*

ANTONIETA.– ¡No! ¡Por favor, no! *(Suplicando)* Gabriel, me haces daño...

GABRIEL.– *(Continuando, más agresivo aún.)* ¡Lo siento por ti, pero te has equivocado, encanto! Yo no soy el macho viril que esperabas! ¡Soy un marica! *(Gritando.)* ¡Marica! ¡Así nos llaman!

ANTONIETA da un fuerte tirón y consigue soltarse; huye de él, pero, en un rasgo de insensatez ante aquel hombre que la atemoriza, se detiene a recoger la ropa que ha caído de la cesta.

ANTONIETA.– ¡Déjame! ¡Déjame! ¡No me toques!

GABRIEL la alcanza, la atrapa de nuevo, la agarra.

GABRIEL.– *(Como antes.)* ¡En los billares cuando descubren a uno como yo, le bajan los pantalones y le meten el taco por el culo! ¿Has entendido lo que hacen? ¿Qué sabes tú de eso? ¿Eh, qué sabes?

ANTONIETA.– *(Muerta de miedo.)* ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío, está loco!

GABRIEL.– ¿Qué sabes tú? ¡Eres una mujercita ignorante y obtusa! ¡Una casada en celo, pero una persona "muy decente", decentísima!... Una de esas que luego dicen: "Ha sido un momento de debilidad... No se forme usted una idea equivocada de mí..." ¡Dispuesta a dejarse dar un revolcón en la azotea, pero lista para juzgar! ¡Para linchar! ¿Qué sabes tú?

ANTONIETA.– ¡Calle! ¡Por el amor de Dios, calle! ¡La portera!

GABRIEL.– *(Todavía más excitado, desafiante.)* ¡Me la trae floja la portera! ¡Yo mismo la llamo!

Suelta a ANTONIETA *y se asoma a la puerta que da a la escalera y se pone a gritar como un obseso.*

GABRIEL.– ¡Porteraaaa! ¡Porteraaaaaa!... ¡Así por fin se enterará de todo bien enterada! ¡El inquilino del tercero es de la acera de enfrente! ¡Un invertido! ¡Un sarasa!...

La voz de GABRIEL resuena por la escalera, amplificada por el eco. Después, vencido por la emoción, resbala hasta quedar sentado en el suelo, agotado y llorando. Golpea el suelo con el puño, una, dos, tres veces, y continúa con rabia infantil.

GABRIEL.– *(En voz baja, sólo para él)* Un maricón...

ANTONIETA, ahora que por fin está libre, en vez de escapar asiste compadecida al llanto de GABRIEL. Se escucha, en la radio, la voz del locutor, que pasa a primer término.

LOCUTOR.– Madrid, sensible siempre, captador en sus alertas antenas de lo que cada instante de su vida significa, ha apreciado lo que en este viaje cifra la leal amistad que nos hermana con la Gran Alemania. El pueblo español, unido bajo el signo de Franco, ha dado su efusión meridional al grito que saluda a un hombre insigne que consagró su vida al nacionalsocialismo en las luchas iniciales, cara al enemigo común, a la organización de los mejores instrumentos que han labrado la grandeza militar, social, política y económica de Alemania, que a tantos enemigos ha sabido vencer... Por eso, junto a los vivas a Alemania y España, resuenan con fuerza los gritos que proclaman la adhesión del pueblo al insigne caudillo que ha sabido alumbrar para la patria un nuevo amanecer: ¡Franco, Franco, Franco! ¡Arriba España!

Tras una última mirada de horror a aquel hombre que llora, sentado en el suelo, ANTONIETA avanza con la espalda contra la pared para no tocar a GABRIEL hasta que logra cruzar la puerta de la azotea y se precipita escaleras abajo.

Oscuro lento.

Quinta escena

En las dos casas, simultáneamente

Sobre el oscuro, se escuchan las notas de un himno patriótico medio ahogado por los gritos de la gente, y seguido de la voz del LOCUTOR.

LOCUTOR.– ... la emoción es desbordante, miles de madrileños se apiñan en las calles de la capital, engalanadas con banderas de los dos países amigos, y luciendo colgaduras en todos los balcones...

Se encienden simultáneamente las luces que iluminan ambas casas, la de GABRIEL y la de ANTONIETA.

ANTONIETA está sentada ante la mesa de la cocina, de espaldas al público, el rostro entre los brazos, y éstos apoyados en la mesa. A su alrededor, en el suelo, la ropa de la colada, es evidente que al entrar en casa ha dejado caer la cesta. Tiembla, sacudida por los sollozos.

Al mismo tiempo, GABRIEL sale de la cocina de su casa, con un vaso lleno de agua en la mano. Se apoya jadeante en el respaldo del sofá. Su expresión es de alucinado, los cabellos en desorden, la respiración entrecortada por la conmoción que le ha provocado la escena. Se dirige, nervioso, hacia la mesa que le sirve de escritorio, vuelve atrás, bebe un sorbo de agua, pega

una patada al paquete de libros que hay en el suelo, al lado de la mesa, se hace daño en el pie. Ahoga un gemido de dolor. Vacía el vaso, lo deja sobre el escritorio, vuelve a ordenar el paquete de libros y va a sentarse, con expresión dolorida, en el sofá.

LOCUTOR.– La llegada de la comitiva al hotel Ritz está siendo presenciado por una ingente multitud, que saluda al cortejo del ilustre huésped brazo en alto, y reitera, henchida de entusiasmo, sus ensordecedores vivas a Alemania y España...

Intrigada por el llanto de ANTONIETA, la COTORRA, que da saltitos en la jaula, intenta atraer su atención.

PÁJARO.– ¡Atoneta! ¡Atoneta!

La luz sobre GABRIEL disminuye.

ANTONIETA se vuelve hacia la jaula, con rabia infantil, y grita, amenazadora.

ANTONIETA.– ¡Cállate! ¡Un día de estos te meto en el puchero, ya verás!... Todo, por culpa tuya... ¡Menudo papelón me has hecho hacer!... *(Continúa para sí.)* ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! *(Se enjuga las lágrimas con la manga de la bata.)* ¿Por qué me ha tenido que pasar esto a mí? ¿Tan mal me he portado para merecer esto? No le he pegado una bofetada a nadie en mi vida... Hasta con mis hijos, cuando se portan mal, llamo a su padre y es él el que... ¿Pero qué me ha pasado hoy?... Era tan amable, tan educado... Parecía que yo le gustaba...

Recoge la ropa y la va plegando sobre la mesa con movimientos rápidos y nerviosos.

Mientras tanto, GABRIEL está sentado en el sofá, con la cabeza entre las manos. Levanta la cabeza, mira a su alrededor, coge un libro que tiene cercano y lo hojea distraídamente. Se da cuenta de que no tiene la concentración necesaria para leer y arroja el libro sobre el sofá. De entre las hojas del libro asoma algo que atrae su atención, es una fotografía. La coge y la mira, primero indolentemente y luego con más interés. Se vuelve hacia el teléfono, luego de nuevo hacia la fotografía. Alza el rostro y se queda mirando al vacío, como para evocar un recuerdo. Su rostro se distiende lentamente hasta esbozar una sonrisa.

LOCUTOR.– Frente al hotel presentan armas una guardia de honor, integrada por miembros de la Policía Armada. Ello se debe al doble carácter del ilustre visitante, ya que, además de Reichsführer SS, es también Jefe de la policía alemana.

Aumentan los gritos de entusiasmo de la muchedumbre. ANTONIETA ha acabado de plegar la ropa. Se apoya en una silla y se queda mirando la cocina.

GABRIEL sigue con la foto en la mano, mirando el teléfono. Al fin se levanta y va hacia el aparato. Marca. Comunica. Cuelga. Vuelve a marcar, con un gesto de impaciencia.

GABRIEL.– Oiga... ¿Eres tú, Marcos? (...) Menos mal, no hace ni un segundo, tu teléfono estaba comunicando, ¿con quién hablabas? *(La voz de GABRIEL suena ronca y Marcos le está preguntando la causa.)* Sí, me pasa algo, es inútil negarlo, enseguida te has dado cuenta... ¡He cometido una estupidez! Sólo de pensarlo, me dan escalofríos, de verdad no sé cómo ha pasado...

La luz sobre GABRIEL disminuye, pasa a segundo término, igual que su voz, mientras ANTONIETA emerge de las tinieblas, con la manta de planchar y la plancha. Las deja sobre la mesa y lo prepara todo con gestos tensos, que demuestran una rabia creciente. Murmura algo en voz baja, pero lentamente va alzando el tono.

ANTONIETA.– Amable... como ningún hombre lo ha sido nunca conmigo. Un amigo de mi marido –el colmo de la amabilidad– me dijo un día: "estás para chuparse los dedos"..... Y aquel otro... en el baile de la Casa de Andalucía... que en vez del tango "Adiós muchachos" parecía que fuéramos en tranvía al fútbol... Ni se me ocurrió levantarle la mano... y, sin embargo, hoy, a él sí... ¡Qué vergüenza!

Se humedece el dedo con saliva y comprueba si la plancha está bastante caliente y comienza a planchar la ropa de modo sumario, con los gestos mecánicos de una persona que está acostumbrada a no perder el tiempo, porque tiene muchas cosas que hacer.

Mientras ANTONIETA *plancha,* GABRIEL *sigue hablando por teléfono.*

GABRIEL.– ... Y he perdido los estribos. No me había pasado nunca... (...) ¿Que qué he dicho? Más de lo necesario... Estaba espantada, la pobre... (...) ¿Qué dices? ¿Por qué dices "bien"? Una buena mujer, una mujer sencilla, ¿qué quieres que sepa de esto? (...) Oye, perdona, ¿qué es lo que te hace reír? (...) ¿Ah, sí? ¿Eso te hace reír? Tienes razón, nunca había conseguido hablar abiertamente de eso con nadie, ni siquiera contigo, y sin embargo hoy... No sé por qué, parecía loco... un loco furioso, confuso, desesperado... y solo, Marcos. Más solo que nunca, ahora que me obligan a separarme de ti...

La luz disminuye sobre GABRIEL*, que continúa hablando por teléfono, mientras en casa de* ANTONIETA *suena el timbre del despertador.*

ANTONIETA se detiene un momento, sorprendida. Mira, alarmada, a la puerta, hasta que de repente comprende de qué se trata.

ANTONIETA.– *(Con un suspiro de alivio.)* ¡Ah, el despertador!

Deja la plancha apoyada sobre la mesa y corre hacia el dormitorio para parar el timbre. Al volver del dormitorio no puede evitar echar una mirada a la ventana de enfrente.

ANTONIETA.– No quiero ni pensar si esa bruja lo ha oído... Dios mío, espero que no... *(Ya de nuevo junto a la mesa.)* Y si viene a preguntarme qué ha pasado en la azotea, ¿qué le digo?

ANTONIETA ha acabado ya con la plancha y, con movimientos bruscos y nerviosos, en consonancia con los pensamientos que bullen en su cabeza, comienza a plegar la manta de planchar.

ANTONIETA.– ¡Ya está, le digo... Le digo: "no, señora portera, no debe preocuparse... De verdad que no ha habido ningún peligro para una servidora... porque el "subversivo", el desafecto, como lo ha llamado usted antes, no es nada peligroso para una mujer sola... Aún le digo más, una mujer sola se basta y se sobra para enviarlo a..."

ANTONIETA recoge la ropa planchada y se dirige al dormitorio. Vuelve a pasar a primer término la voz del LOCUTOR.

LOCUTOR.– Comienzan a desfilar las fuerzas que han estado cubriendo la carrera, y al frente de ellas, marcando el paso con ritmo marcial, imbuidos todos los rostros de la solemnidad del acto, marcha, ejemplo de viril determinación en defensa de los valores de la España eterna, la Legión José Antonio...

GABRIEL sigue todavía hablando por teléfono.

GABRIEL.– He encontrado en un libro una fotografía de nosotros dos, junto al mar, en invierno... Estamos poco favorecidos, con los abrigos sobre la arena, y despeinados por el viento. Yo estoy de puntillas, para parecer más alto que tú. ¿Te acuerdas? Hicimos que nos la sacara la mujer que cuidaba el establecimiento...

Luz sobre ANTONIETA*, que regresa del dormitorio.*

ANTONIETA.– Un hombre normal, un hombre fuerte... capaz de plantar cara... ¿y quién se lo podía imaginar? Estoy segura de que ni la portera, que es tan cotilla, se ha dado cuenta...

Recoge la manta de planchar, la plancha y el cesto. Se detiene.

ANTONIETA.– ¿Pero cómo hace una para descubrirlo? Yo no he conocido nunca a ninguno... Ni siquiera estaba segura de cómo eran realmente... Y, fíjate, me lo ha tenido que explicar él, bien clarito... *(Yendo hacia la cocina.)* Es también ignorancia: ni un libro, ni una conversación... nunca nada...

Desaparece unos segundos en la cocina, y cuando vuelve a salir, hace con la mano el gesto mecánico de apartar la pantalla de la lámpara. La mira: ahora está arriba, bien sujeta. Sonríe.

ANTONIETA.– Igual le han entrado ganas de tener un poco de compañía... solo como un perro, pobre hombre... No debe ser muy divertido... A lo mejor, sólo tenía ganas de hablar... *(Caminando pensativa ha llegado junto a la jaula.)* A mí también me vienen a veces ganas de hablar... *(Se vuelve hacia la COTORRA.)* ¡Pero yo por lo menos siempre puedo hablar contigo!

Mira por la ventana, se arregla el cabello con las manos y va hacia la puerta del piso.

Luz sobre GABRIEL, que sigue con el teléfono, ahora riendo. La luz atenúa su risa. Su rostro se vuelve serio, al recordar.

GABRIEL.– ¡Qué día tan bonito! Y luego, aquella mujer, la guardesa, ¿te acuerdas de lo que nos dijo?... Yo sí... Dijo que parecíamos... que se veía que éramos... padre e hijo... Bueno, por edad sí que podría ser tu padre... Pero tú de los dos siempre has sido el más fuerte... Así, que desde hoy, seré huérfano... *(Reaccionando con fuerza.)* Voy a colgar ya, tengo hambre... Voy a hacerme algo... Me quedan dos huevos y un trozo de pan. No quiero dejar nada de comida, luego se estropea en una casa vacía y huele mal... (...) Sí, está bien, hasta la vista. Cuando pueda, ya te llamaré. (...) Adiós, Marcos.

GABRIEL cuelga el teléfono. Mira la fotografía que tiene en la mano, la deja sobre el sofá y va a la cocina. Se oye cómo bate los huevos; después, el aceite que ha comenzado a hervir, y los huevos al ser vertidos.

En continuidad...

Sexta escena

En casa de Gabriel

Suena el timbre de la puerta. GABRIEL sale de la cocina secándose las manos en un trapo y va a abrir. Es ANTONIETA que, apoyada de espaldas en el quicio de la puerta, no tiene valor para mirar a GABRIEL a la cara. Larga pausa: cada uno espera que sea el otro quien diga algo.

ANTONIETA.– *(Siempre de espaldas.)* Lo siento...

GABRIEL.– ¿Por qué no entras? Tengo una tortilla al fuego.

Vuelve a la cocina. ANTONIETA entra, insegura y temerosa. Da unos pasos en dirección a la cocina y se detiene en la puerta para mirar a GABRIEL, que está haciendo la tortilla y al cual no vemos. Sacude la cabeza, pero es porque se está desaprobando a sí misma. Quisiera decir algo, abre la boca pero no habla. O habla tan bajito que nadie la oye. Aparece GABRIEL y se dirige a la mesa que hace las veces de escritorio: lleva en las manos un plato, un tenedor, un vaso y pan. Sobre el brazo, como un camarero, una servilleta limpia. Hace sitio en la mesa apartando los dos montones de sobres, cuidando de no mezclarlos, y pone sobre ella lo que ha traído, ordenándolo sumariamente. Vuelve a la cocina sin hablar, sin mirar a ANTONIETA, que no se ha movido de donde está. Regresa con una botella de vino y la sartén con la tortilla. La deja sobre la mesa,

acerca otra silla, parte con el tenedor la tortilla en dos mitades, deja una en la sartén y pone la otra en el plato. Llena el vaso de vino.

GABRIEL.– *(Señalando la silla.)* ¿No te sientas?

Y empieza a comer su media tortilla, directamente de la sartén. ANTONIETA, *titubeando, va a sentarse.*

ANTONIETA.– Gracias... *(Para justificar su embarazo.)* Nunca había sido invitada a comer... por un hombre.

Pero al pronunciar la última palabra teme haber metido la pata y alza bruscamente la cabeza, que hasta ahora ha mantenido baja, para ver si GABRIEL *se ha dado cuenta. Pero* GABRIEL, *aunque ha comprendido, está sonriendo.*

GABRIEL.– Mejor: una experiencia nueva, ¿no? Siempre sirviendo a los demás... por una vez te sirven a ti. Aunque este no es el servicio ideal para recibir a una señora.

ANTONIETA, más tranquila, esboza una sonrisa y comienza a comer. Aumenta el volumen de los aplausos y los himnos en la radio.

LOCUTOR.– Tras un breve descanso, el Reichsführer SS y Jefe de la Policía alemana Heinrich Himmler tiene previsto trasladarse a la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde conferenciará con su titular, señor Serrano Súñer. De aquí partirá la comitiva que conducirá al ilustre huésped al palacio del Pardo, donde será recibido por Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos. Para el día de mañana, el programa del Reichsführer Himmler comprende una ruta muy significativa a través del suelo español, que comenzará en Burgos, cabeza de la vieja Castilla, con todo su prestigio de antigua y moderna historia, en cuyo austero ambiente el Caudillo forja la Victoria definitiva y funda el nuevo Estado...

GABRIEL.– *(Expresando con palabras lo que está pensando.)* Después de la guerra me comprometí con una chica. Una de la radio, para que se corriera la voz. La llevaba a cenar, al cine, a cualquier sitio donde pudieran vernos juntos... Fingía que estaba loco por ella. Y ella de mí: era una buena amiga, que quería ayudarme. Pero seguramente yo no representaba demasiado bien mi papel...

ANTONIETA ha acabado su tortilla. Coge un mondadientes de un recipiente que hay sobre la mesa y lo va rompiendo en pequeños trozos. Luego toma un segundo y repite la misma operación

GABRIEL.– Un día me llamaron de la dirección y me dijeron que yo no podía formar parte de "la familia de la nueva radio española". "No tienes el certificado de afecto al Régimen", me dijeron. "Sí que lo tengo", les respondí. "Ya no. Te lo hemos quitado. Porque los tipos como tú no pueden formar parte de la nueva España, que es una España de hombres, pero de hombres de verdad."

ANTONIETA dispone los trocitos de mondadientes sobre la mesa, formando un dibujo geométrico.

GABRIEL.– Intenté incluso dar el pego exhibiendo un certificado médico que declaraba que yo "no era homosexual". *(Se da cuenta de que* ANTONIETA *no ha entendido la palabra.)* Quiero decir que yo era un individuo normal.

ANTONIETA.– ¿Y se lo creyeron?

GABRIEL.– ¡Qué va!... Fue peor... *(Sonríe.)* Una metedura de pata... Si uno no lo es, no va por ahí con un certificado...

Se levanta bruscamente, va a buscar un cigarrillo en el abrigo que está colgado junto a la puerta.

GABRIEL.– Y eso es lo más grave: que uno intente parecer lo que no es... que te obliguen a avergonzarte de lo que eres... a esconderte...

Se queda quieto, cara a la pared, de espaldas a ella.

ANTONIETA.– *(En voz baja.)* Pero a mí me lo has dicho.

GABRIEL.– *(Asiente.)* Contigo, he encontrado el valor. Porque no eres como los otros

ANTONIETA.– *(Mortificada.)* No es verdad. Te he pegado una bofetada.

GABRIEL.– Sí. Pero ahora estás aquí, conmigo.

Recobra el movimiento, va a un mueble pequeño, saca de él una botella de licor.

ANTONIETA.– ¿Y cómo te las arreglas para salir adelante?

GABRIEL.– *(Indicando los sobres sola mesa.)* Me encargo de la correspondencia publicitaria de una empresa que vende aparatos de radio: escribo la dirección de los clientes en los sobres... Es un trabajo que me pasó un amigo, que lleva unos meses confinado en un pueblo perdido...

ANTONIETA.– *(Dudando.)* ¿Era un... subversivo?

GABRIEL.– *(Afirma.)* Subversivo... como yo... Fui a despedirlo cuando tomó el tren para Badajoz... Es la última vez que lo vi, en la ventanilla del vagón.

ANTONIETA.– *(De nuevo incómoda, coge un sobre del montón.)* Tienes una letra muy bonita... ¿Me enviarás uno a mí?

GABRIEL ha vertido el licor en una vaso pequeño y se lo tiende a ANTONIETA, que lo rechaza con un gesto.

GABRIEL.– *(Sonriendo.)* ¿No te gusta? Es whisky, un licor que ahora está muy mal visto. Quieren cambiarle el nombre. ¿Sabes? Están cambiándoles los nombres a todo lo que suene a inglés o americano. Incluso el fútbol quieren que se llame balompié.

ANTONIETA no contesta. Va hacia la ventana. Mecánicamente mira en dirección a la suya. Al fondo, sigue escuchándose la voz inflamada en ardor patriótico del LOCUTOR.

LOCUTOR.– ... El Escorial, monumento del ansia espiritual del Imperio, tumba del que murió iluminando con su doctrina el renacer de España; Toledo, ruina que es un pedestal, heroico plinto de la más asombrosa epopeya...

ANTONIETA.– *(Mirando fuera.)* Yo también... muchas veces, me siento... humillada... soy un cero a la izquierda... Mi marido no me habla, me ordena... De día... y de noche. Desde que éramos novios, no hemos vuelto a reír juntos ni una sola vez. Él ríe fuera de casa... con las otras.

GABRIEL.– *(La mira, sorprendido.)* Pero ¿cómo? ¿No te es fiel? Me habías parecido una mujer segura... feliz...

ANTONIETA.– *(Continúa de espaldas. Asiente con amargura.)* "¿Fiel?" Sí, él es fiel... ¡a la Patria!... ¿Conoces esos sitios donde van los hombres, pagando?... Le conocen allí más que en el Ministerio... Con una de esas se fue a pasear, un domingo, por el Retiro. Y luego, criadas, secretarias... la que vende fruta en el mercado de aquí abajo... Ahora, para comprar un kilo de manzanas, tengo que irme hasta La Latina... Y mientras eran ésas, todavía... Pero el mes pasado, mientras le estaba recosiendo el forro de la americana, le encontré una carta de una tal Laura, que es maestra de primaria en una escuela municipal que hay cerca del Ministerio... *(Sonríe, pero sólo para contener el llanto que ya siente llegar.)* Liarse con una mujer con educación... es como decirle a su propia mujer que es una don nadie, una ignorante... *(Con la voz cada vez más rota.)* Y es verdad, es verdad: yo a la escuela he ido poco, o nada... y una carta como aquélla... ni siquiera cuando más enamorada estaba de él... no la hubiera escrito nunca... porque no la "sé" escribir... *(Se interrumpe para no llorar, pero las lágrimas han comenzado ya a recorrer su rostro.)* A una ignorante se le puede hacer lo que sea... porque no se la respeta... y cuando no hay respeto, no hay nada...

GABRIEL se levanta, se acerca a Antonieta, que continua de espaldas, mirando por la ventana, le pasa el brazo sobre los hombros, le acaricia los cabellos, le enjuga las lágrimas. Y como sucede cuando alguien se siente consolado, el llanto se desborda.

ANTONIETA.– ¡Esa es la mujer feliz que soy yo! ¡Tratada como un trapo! ¡Como un trapo!

Solloza como una niña. GABRIEL sonríe, la hace sentar en el sofá, se arrodilla ante ella. Le da un pañuelo, le acaricia el rostro, el cuello. Con la misma dulzura, le acaricia también los pechos.

GABRIEL.– *(Con tono de suave reproche.)* Antonieta... ¡Antonieta!... Ya basta, no sigas, por favor... Si no, pensaré que todavía la tienes tomada conmigo...

ANTONIETA.– *(Estrechándose contra él, en un impulso.)* ¡No!... Es que... ahora... ahora soy feliz... Estoy aquí y hablo... y tú me escuchas... y yo siento que... que a ti te respeto...

GABRIEL apoya la cabeza sobre las rodillas de ellas. ANTONIETA se inclina sobre él y comienza a besarle el cabello.

ANTONIETA.– Me gustas, Gabriel... Me gustas... como eres... Me gustaste enseguida, pero ahora aún más. Las cosas que has dicho sobre ti... no me importan...

GABRIEL.– *(Sonríe.)* Eres muy amable...

ANTONIETA.– No... Pienso en mí... *(Deja resbalar su cuerpo hasta quedar sentada en el suelo junto a él.)* Me gusta cuando me tocas...

ANTONIETA coge la mano de GABRIEL, se acaricia el cuerpo con ella, se la aprieta contra sus senos. Se acerca a él y le besa suavemente en la mejilla, luego en los labios, una vez, dos veces, a los que sigue un beso muy largo. GABRIEL tiene los ojos abiertos y fijos, pero ANTONIETA, con delicadeza, le cierra los párpados con los dedos. Se besan con los ojos cerrados. Las manos de él recorren el cuerpo de ella, primero guiadas por la propia ANTONIETA, luego libremente, en caricias que se hacen cada vez más intensas, más cálidas. La única fuente de luz de la habitación es la ventana, y fuera la claridad va disminuyendo visiblemente. El LOCUTOR está acabando su arenga...

LOCUTOR.– El pasado y el presente. Las claves espirituales se revelan al visitante ilustre. Y en los modos austeros, el cariño popular...

ANTONIETA y GABRIEL se miran, jadeantes. Luego GABRIEL, con vehemencia, apresuradamente, se tumba sobre ANTONIETA, dispuesto a hacer el amor con ella.

ANTONIETA.– *(Se separa de él, rechazándolo.)* No, Gabriel, no... Eso no... Eso no...

Pero cede, se abandona, acepta la desordenada violencia de GABRIEL. Secunda sus gestos, lo abraza, lo guía con dulzura, se pone encima de él. Los dos cuerpos ruedan por el suelo de la habitación.

LOCUTOR.– ... lo que es vibración espontánea, inconfundible, lo que dice la amistad de dos pueblos fundidos en hechos históricos recientísimos, que nunca serán olvidados por España. Y reconfortado por ellos, y por el abrazo que une y hermana a nuestras dos naciones, gritamos todos, a una sola voz: "¡Viva Alemania! ¡Viva Franco! ¡Arriba España!"

Comienza a sonar el himno nacional español.

De pronto, la radio calla. Después de una larga pausa, emerge del silencio la voz de ANTONIETA.

ANTONIETA.– *(Insegura, emocionada.)* Es raro... No siento ningún remordimiento... Mejor dicho: con él nunca ha sido así... no pensaba que pudiera ser así... ¿Y tú?...

Se enciende una luz en la habitación. GABRIEL vuelve junto a ANTONIETA, que se levanta del suelo poniéndose la bata. GABRIEL sonríe con cansancio, sin mirarla.

GABRIEL.– Ser... como soy yo, no significa no poder hacer el amor con una mujer. Es diferente... *(Se sienta en el sofá.)* Ha sido bonito... pero eso no cambia nada... Encontrarte, conocerte, hablarte, pasar contigo todo el día... justo el día de hoy... ha sido algo muy importante para mí.

ANTONIETA se sienta también en el sofá y le acaricia la nuca.

ANTONIETA.– Miraré tu ventana todos los días... Como esta mañana, cuando he vuelto a casa: la miraba todo el rato, y no lograba

hacer nada a derechas... Y el sábado que viene, cuando todos se vayan a la concentración... *(Se acerca más a* GABRIEL *y apoya la cabeza en su espalda.)* Sí, Gabriel... me basta con verte, con oír tu voz... saber que existo para ti...

GABRIEL tiene la mirada perdida en el infinito, sin alegría. ANTONIETA *se estremece, sobresaltada, se levanta, va a la ventana y mira hacia el patio interior, donde comienza a escucharse el rumor de gente que regresa.*

ANTONIETA.– *(Excitada.)* La gente está volviendo... Tengo que irme...

Se acerca a GABRIEL *y le toma de la mano para que la acompañe a la puerta. Antes de abrirla permanecen inmóviles, el uno frente al otro. Finalmente* GABRIEL *abre, y el rumor de la gente se escucha más fuerte, más próximo.*

ANTONIETA.– Pasaré a mi escalera por la azotea....

Da un rápido beso a GABRIEL *en la mejilla y escapa.*

GABRIEL cierra la puerta y va a la ventana, se asoma, como para seguir a ANTONIETA *en su regreso a casa. El rumor de los vecinos aumenta y* GABRIEL *cierra la ventana.*

GABRIEL.– Pobre Antonieta... He vuelto a dejarte "confusa", como dices tú... Es difícil de explicar... no soy capaz... nunca se lo he explicado a nadie...

Comienza a preparar el equipaje. Tiene una maleta ya cerrada, que deja junto a la puerta. Saca una segunda, la abre sobre el sofá. Vuelve a coger la foto, abandonada poco antes, no la mira...

GABRIEL.– No es verdad, una vez traté de explicárselo a alguien. A mi madre. La persona que más quería en el mundo, a la que siempre había admirado... Un día se lo conté todo... Me miró horrorizada... No quiso ni tocarme... Se puso a gritar que había parido un monstruo. "No soy un monstruo, mamá, soy alguien diferente a los demás... Uno no escoge ser diferente... Está en la naturaleza de uno... Las categorías las determinan los hombres, pero la naturaleza es libre, uno no puede cambiarla, lo más que puede es esconderla... Y luchar contra la propia naturaleza lo convierte a uno en un neurótico, en un loco... y uno se queda solo... Y ve "diferentes" a los otros...

Se acerca a la mesita que le sirve de escribanía y con movimientos meticulosos vuelve a ordenarlo todo: los sobres en dos montones, los ya escritos y los que están en blanco. Coge uno.

GABRIEL.– Dices que te gusta mi letra... Un día te escribiré una postal, desde Fuerteventura... Pero ¿cómo te la firmo? "Gabriel"... No, tu marido... la portera... "Un amigo"... Tampoco, no somos amigos... "Uno que lo ha cagado todo en su vida"... No, mejor no te mando ninguna postal...

Tira el sobre en la mesa, pero enseguida lo apila con los otros. Coge la navaja de afeitar, la mira un segundo, y la mete en la maleta. La cierra y la deja en el suelo, junto a la otra. Alisa la funda del sofá.

GABRIEL.– "Subversivo"... Ojalá lo fuese... Querría decir que había elegido bando... que mi comportamiento era activo, decidido... Pero sólo sé agachar la cabeza... Controlar mis gestos, mi voz, mi manera de reír... por miedo a traicionar lo que tiene que estar oculto, lo que me avergüenza... como si fuera una culpa...

Coge la chaqueta y se la pone lentamente.

GABRIEL.– Controlaba, pensaba, me avergonzaba... todos los verbos en pasado... ¿por qué? ¿Qué estoy tratando de decirme a mí mismo? Que quizá algo ha cambiado hoy... Que no es sólo el Régimen el enemigo del inquilino del tercero... Y que el inquilino del tercero no se avergüenza de ser...

Su tono se ha hecho más seguro y decidido. Mientras hablaba, se ha puesto el abrigo, el sombrero, ha apagado las luces y se ha sentado en el sofá... La escena ha quedado a oscuras, sin otra luz que la que se cuela por la ventana...

GABRIEL.– ... un "subversivo"... y espera...

Su tono es decidido, pero no perentorio.

Oscuro.

Séptima escena

En las dos casas

Se ilumina la casa de ANTONIETA. *Han pasado un par de horas, y la cocina presenta un aspecto de gran desorden. La familia hace rato que ha acabado de cenar, y en la mesa quedan aún platos por recoger. Hay también prendas de vestir dejadas caer de cualquier manera. En escena,* ANTONIETA *acabando de retirar la mesa, ante cual permanece sentado* MANUEL, *de uniforme, tal como le hemos visto en la proyección, pero con la camisa desabotonada y sin boina. Se está sirviendo una copa.* ANTONIETA, *concentrada en sus pensamientos, se mueve de manera casi mecánica, no lo mira.*

MANUEL.– Podrías haberte esmerado un poco más... Primero nos pones tenedor en vez de cuchara para comer la sopa... Y todo lo demás, frío...

ANTONIETA.– *(Que no lo ha escuchado.)* ¿Qué?

MANUEL.– Que no te has deslomado con la cena. ¿Qué has estado haciendo todo el día?

ANTONIETA.– ¿Hoy no es un día de fiesta? Pues fiesta para todos.

MANUEL.– Será por lo cansada que estás tú. Te habrás pasado todo el día durmiendo...

ANTONIETA no contesta, tiene la cabeza en otro sitio.

MANUEL.– Ese hijo tuyo, el pequeño, es de la piel de barrabás. No sé que le ha dicho el nieto de la panadería, el que iba de baturro, que le ha largado un sopapo... Vestido de cura, y dando hostias... *(Se ríe él mismo del chiste.)* Menuda pieza. Eso es porque lo tienes demasiado consentido...

ANTONIETA sigue sin contestar, a lo suyo. A MANUEL tampoco es que le importe mucho que su mujer le hable o no. Se sirve otra copa.

MANUEL.– *(Como para sí.)* Un día memorable, memorable...

Entra la HIJA MAYOR, procedente del interior de la casa, vestida todavía con su uniforme de Auxilio Social.

HIJA MAYOR.– Ya están todos en la cama. Ahora, que se duerman... Están muy excitados, los chicos sobre todo...

La HIJA MAYOR se pone a ayudar a su madre a arreglarlo todo.

MANUEL.– *(A ANTONIETA, mientras se hurga los dientes con un palillo.)* Roberto me ha preguntado si los alemanes tienen más cañones que los americanos. Y los tienen. Ellos son muy buenos cuando hacen cine, pero con los cañones... Los americanos están todavía como en la época de los indios y los vaqueros...

HIJA MAYOR.– Ya verás, mamá, la de recortes que podrás pegar en tu álbum. Mañana, los periódicos traerán muchas fotos y noticias... Y, así, aunque no hayas estado...

MANUEL.– Mañana, pocas fotos podrá recortar, porque sólo sale la Hoja del Lunes...

HIJA MAYOR.– Es verdad.

ANTONIETA.– Deja, hija, ya acabaré yo de recoger. Ve a acostarte, debes de estar molida. Y mañana tienes que ir al taller...

HIJA MAYOR.– ¿De verdad no te importa?

ANTONIETA.– Pues claro que no...

La HIJA MAYOR besa a su madre y va hacia el interior de la casa.

HIJA MAYOR.– Buenas noches, papá...

Sale. Nuevo silencio. MANUEL apura su copa.

MANUEL.– Deja eso, mujer, ya lo acabarás mañana.

ANTONIETA.– Mañana tengo muchas cosas que hacer.

MANUEL se levanta, sacudiendo la cabeza, como si no se tomara en serio las muchas cosas que tiene que hacer ANTONIETA.

MANUEL.– Supongo que por lo menos me habrás planchado la camisa.

ANTONIETA.– Claro.

MANUEL se encoge de hombros, y sale en dirección al dormitorio.

Disminuye la luz, mientras ANTONIETA acaba de recoger la cocina, y se ilumina tenuemente la casa de GABRIEL, que continúa sentado en el sofá, con las dos maletas junto a la puerta, esperando, tal y como lo hemos dejado al fin de la escena anterior. Suena el timbre de la puerta, y luego unos golpes.

POLICÍA.– *(Off.)* ¡Abra! ¡Policía!

GABRIEL se levanta. Enciende la luz y abre la puerta. En el umbral, la sombra de un POLICÍA de paisano.

POLICÍA.– *(Off.)* ¿Lo tiene ya todo?

GABRIEL.– Sí. ¿A qué hora sale el tren?

POLICÍA.– *(Off.)* Dentro de una hora. Vaya recogiendo.

Desaparece la sombra del POLICÍA. GABRIEL coge de la mesa una caja de fósforos y se la guarda en el bolsillo. Sus dedos encuentran algo, son los dos granos de café que se guardó allí esta mañana, para que no los viera ANTONIETA. Se mete uno en la boca, el otro lo devuelve al bolsillo. Mira por última vez el teléfono, como si quisiera llamar, pero renuncia. Se queda mirando la ventana de la casa de ANTONIETA.

Disminuye la luz en la casa de GABRIEL y vuelve sobre la cocina de ANTONIETA, que está guardando los platos, con la mirada ausente.

MANUEL entra, se ha quitado la camisa, lleva una camiseta de tirantes, y un cigarrillo en los labios. Bosteza.

MANUEL.– ¿Dónde están las cerillas?

ANTONIETA no le contesta, como si no le hubiera oído, y sigue a lo suyo, guardando los platos con sumo cuidado, como si se tratara de una vajilla valiosa. MANUEL va al fogón, coge la caja de fósforos que hay a su lado, enciende uno y se da lumbre.

MANUEL.– *(Con intención.)* Deja eso, mujer... Una jornada tan especial como la de hoy, hay que celebrarla... Y si nace el séptimo le pondremos Adolfo, como el führer...

Queriendo mostrarse cariñoso le da una palmada en el culo.

ANTONIETA.– *(Apartando al marido con el codo.)* No. Esta noche no...

MANUEL se va hacia el dormitorio rascándose la barriga.

MANUEL.– Tú date prisa en venir a la cama... y ya hablaremos...

Entra en el dormitorio. ANTONIETA queda sola. Mira la ventana de la casa de GABRIEL, en la cual se ve todavía luz. Sonríe. Ha acabado de guardar los platos. Abre el cajón del aparador y saca el libro que le ha dado GABRIEL. Se sienta junto a la ventana, mira a LUCRECIA que duerme en su jaula, y después abre el libro con delicadeza, con afecto.

ANTONIETA.– *(Leyendo en voz alta.)* "El primer lunes del mes de abril de 1625, el burgo de Meung parecía estar en una revolución tan completa..."

Vuelve de nuevo a mirar la ventana de la casa de GABRIEL, cuya luz se apaga en esos momentos.

Comienza a sonar una música de piano que se mantendrá hasta el fin de la acción

ANTONIETA vuelve distraída a la lectura, pero escucha un rumor de pasos, que atrae su atención. Se levanta y mira por la ventana, en dirección

al patio interior. Los pasos resuenan con fuerza y luego van alejándose, poco a poco.

Antonieta cierra la ventana y con el rostro apoyado en el cristal, sigue mirando el patio, ahora desierto.

Del dormitorio llega la voz de Manuel.

Manuel.– *(Fuera.)* Antonieta, ¿vienes ya o qué?

Lentamente Antonieta cierra el libro, lo vuelve a guardar en el cajón. Se dispone a salir y pasa por debajo de la lámpara colgante: se da cuenta de que no ha tropezado con ella y se queda mirándola. Apaga la luz de la cocina, atraviesa el vestíbulo y apaga también la luz. Entra en el dormitorio. Unos segundos después, se apaga la última luz, la de la mesita de noche.

FIN.



© Albert Fuentes

"Una jornada particular". La Pavana Companyia Teatral (2011).